VENENO
EN EL AIRE
Por Zadi Desme Hurtado

VENENO EN EL AIRE

I

El estridente timbrar del celular desgarró mi sueño en mil fragmentos, esparciéndolos como ondas hacia el infinito. Sentía el peso aplastante de semanas sin descanso, y ese sonido, en lugar de despertarme, taladraba mi confusa mente, recordándome cuán profundo era mi agotamiento. Apenas contesté, la voz al otro lado no me dio respiro. Con su acostumbrado vozarrón, me lanzó órdenes cargadas de una urgencia casi cortante.

—Comandante Goycochea, diríjase al aeropuerto inmediatamente. Un vuelo privado aterrizó hace unos minutos, y uno de los pasajeros ha sido encontrado sin vida.

Por la hora de la llamada, entendí que este no era cualquier muertito.

—Mi general, ¿pero no es un caso para la policía del aeropuerto?

Lo supe de inmediato cuando me colgó sin darme una respuesta. No había tiempo para dudas; había que hacer tripas corazón y levantarse.

Era domingo, una madrugada gris, como todos los días de invierno en Lima. La tenue llovizna caía de manera persistente, impregnando el aire con ese frío húmedo que penetraba hasta los huesos. Apenas había unas pocas almas deambulando por las calles vacías. Algunos regresaban tambaleantes a sus casas después de una buena jarana, mientras otros caminaban con pasos apurados, tal vez rumbo a otro día de trabajo interminable.

Por inercia, encendí la televisión mientras me cambiaba, solo para encontrarme, una vez más, con la misma basura de siempre. La programación nacional, repleta de banalidades, resultaba incapaz de provocar otra cosa que desdén. A veces me pregunto cómo es que la gente puede perder horas de su vida consumiendo este vacío que no aporta nada.

Pero lo peor son los noticieros, alarmistas y sensacionalistas, distorsionan la realidad en función de quién detente el poder. Este control de la opinión pública, con su maquinaria de entretenimiento disfrazado de información, envenena a la sociedad, hundiéndola en una mediocridad que ya parece parte de nuestra esencia.

En mis peores momentos de frustración, pienso que quienes nos gobiernan desean vernos ignorantes y resignados, así es más sencillo mantener el control y hacer lo que les da la gana.

Sin embargo, esa madrugada, algo rompía la monotonía televisiva, el país entero esperaba un evento que, aunque fuera por un momento, nos haría sentir como uno solo. El próximo partido de fútbol entre Perú y Chile, parte de las clasificatorias al mundial, asomaba en el horizonte.

Este enfrentamiento era más que un juego; era un escape, una forma de volcar frustraciones y alegrías acumuladas. Cada pase, cada gol o tiro libre tenía la capacidad de avivar pasiones y hasta sanar viejas heridas. Pese a las diferencias y los problemas, ese grito colectivo era una suerte de unión en un país fragmentado, una tregua momentánea en la que la rivalidad deportiva nos hacía sentir vivos y fuertes, como uno solo.

Suspiré, resignado, y me acerqué a la cafetera. Me serví una taza del oscuro elixir proveniente de Chanchamayo y tomé las llaves de mi auto antes de dirigirme al ascensor, con la taza térmica entre las manos.

Me aseguré de que mi pistola de repuesto, una Taurus calibre 38 especial con cañón corto de 2 pulgadas, descansara en el talón izquierdo de mi bota. Era mi compañera inseparable, junto a mi arma de servicio, una Glock 9 mm, modelo 45, que llevaba en la funda bajo la chaqueta muy bien disimulada.

Este tipo de llamadas dominicales ya formaban parte de mi vida desde hacía años. Como comandante, tenía a cargo la recién creada Oficina de Investigación de Asuntos Especiales de la Policía, una unidad bajo la supervisión directa del Director General de la Policía del Perú y el Ministro del Interior.

Recorrí con la mente los recuerdos de todo lo que estos ojos habían presenciado, las historias que se desplegaron ante mí y los casos que, como un hilo invisible, me habían conducido hasta este preciso instante.

Había costado tiempo y esfuerzo que esta oficina existiera. La corrupción y manipulación habían llegado a tal nivel en el país que fue necesario crear un equipo selecto de agentes, entrenados en el extranjero, con respaldo del FBI, Scotland Yard

e Interpol. Eran lo mejor que Perú tenía para ofrecer a la sociedad, hombres y mujeres intachables, formados para no ceder ante presiones políticas o económicas.

Nuestra autonomía era el mayor escudo que teníamos; ningún poder ejecutivo o legislativo podía disolver esta unidad de élite arbitrariamente, ni intervenir en nuestras investigaciones.

Mientras conducía hacia el aeropuerto, me crucé con un bus de dos pisos interprovincial con destino a Chiclayo. Sonreí y salieron recuerdos que me llevaron de regreso a mis orígenes.

Provenía de una familia modesta del norte del Perú. Mi padre, un ingeniero agrónomo, se esforzó en darme una educación decente. Gracias a su sacrificio, pude estudiar en el Colegio Militar de Chiclayo, donde mi vocación por el uniforme tomó forma. Era algo que llevaba en la sangre. Desde niño, siempre creí en que era posible cambiar las cosas.

Recordé que mi vida ha sido un continuo desafío, uno tras otro, marcando metas y alcanzándolas, solo para plantearme objetivos aún más altos.

La música me ayudaba a mantenerme en pie; encendí la radio y puse una canción del Grupo 5 que llenó de nostalgias el auto. Cerré los ojos por un segundo mientras me dejaba llevar por las notas.

De pronto, comencé a sentir ese olor de campo. Estaba de vuelta en Cayaltí, persiguiendo los camiones de caña de azúcar con mis amigos, devorando tortillas con ceviche de raya o chinguirito en el mercado, o escapando con la linda Juanita, hija del doctor, en mi bicimoto hasta las ruinas de Zaña. La risa de ella y su mano en mi cintura eran recuerdos que me hacían sonreír, a pesar de la madrugada helada.

Esos días parecían tan lejanos, se sentían como de otro mundo. Mis padres ya habían fallecido hacía años, y sin hermanos, apenas mantenía contacto con la familia en Lambayeque. Al llegar a Lima, dejé atrás mi pasado, mis raíces, mi inocencia.

Ahora, con cada cuadra que avanzaba hacia el aeropuerto, sentía cómo esos recuerdos se disipaban, como si Lima me envolviera lentamente, absorbiendo mis recuerdos y retornándome al caos, que se mezcla entre su gente y su bullicio incesante, que fluye como un río sin descanso, con una indiferencia imperturbable.

Las luces de la baliza, en lo alto de la torre de control del aeropuerto, se acercaban mientras el auto avanzaba por la pista.

El frío gris de la madrugada se intensificaba y, de pronto, esos recuerdos se habían esfumado. Ya no sentía la calidez de mi niñez, sino el peso de la responsabilidad que me aguardaba.

Era una convocatoria ineludible a mirar de frente, una vez más, a los misterios y a las sombras de la muerte que siempre nos acechaban.

II

Me llaman desde la central. Me piden mi ubicación, así que bajo el volumen de la radio y respondo con voz firme que ya estoy en camino.

Ahora era mi turno de incomodar al equipo. Marco el número de mi segundo al mando y espero un par de tonos antes de que conteste.

—Pepe, ¿ya llegaron al aeropuerto? Bien, que nadie baje del avión y que no toquen nada hasta que yo llegue.

Pepe, como le decimos todos a José María, es un tipo que sabe lo que hace. Desde que salió de la escuela de policía, su instinto para el detalle era asombroso.

Lo enviaron a entrenarse con el FBI a Quantico, Virginia, y al regresar fue asignado a mi división. Es de esos hombres que perciben lo que otros no pueden ver, el roce apenas visible en una puerta, el movimiento corporal de alguien que intenta esconder una verdad. Pepe tiene una mente fría y precisa, casi quirúrgica. Con él en la escena, tengo la certeza de que no habrá errores, de que todo estará bajo control cuando llegue.

A veces me pregunto si Pepe ha dejado algo de su alma en cada caso que hemos resuelto juntos, porque a veces su mirada es la de alguien que lleva más sobre los hombros de lo que muestra.

El camino al aeropuerto siempre es complicado, especialmente ahora, con las obras de remodelación que han dejado las vías en un caos absoluto. Atravieso una zona donde los amigos de lo ajeno parecen acechar a todas horas.

El lugar refleja la dejadez de las autoridades, incapaces de mejorar la seguridad y el estado de esta ruta, que para los extranjeros es la primera impresión de nuestro país, y no precisamente una alentadora.

No culpo a los que viven aquí; solo intentan sobrevivir con lo que les toca. Los verdaderos responsables son los políticos y los gobernantes que no hacen su trabajo. Es una vergüenza, pero esta situación refleja, crudamente, lo que somos como sociedad.

Pero, aun así, el país sigue adelante, quizás con la ayuda de santitos como Rosa y Fray Martín, que siempre velan desde el cielo por nosotros.

Al acercarme a una esquina con un semáforo fuera de servicio, noto un grupo de muchachos acercándose al auto.

Los observo con atención, captando detalles rápidamente. No son peruanos. Uno, con una mirada desafiante, levanta una piedra y hace un gesto amenazante, listo para lanzarla al vidrio de mi auto. Rápido, saco mi pistola y se la muestro.

El tipo se frena en seco, pero en lugar de retirarse, me sonríe con desprecio y muestra su propia arma, como si fuera una broma para él. La realidad es que aquí, en estas calles, todos estamos jugando con fuego.

Mientras se aleja, murmura con una sonrisa: —Ya te tocará, pana.

Es triste. Miles de venezolanos han llegado aquí buscando una vida digna, pero una pequeña fracción viene a delinquir y manchar la imagen de su propia gente.

Es esa minoría la que alimenta una fobia creciente y dañina entre mis connacionales. Según un informe reciente, algunos de estos grupos están bien organizados y reciben instrucciones de la cúpula del gobierno llanero para sembrar caos en otros países. Aunque en la policía hacemos lo posible para capturarlos, cada arresto es apenas un pequeño alivio en una lucha sin fin.

Finalmente llego al aeropuerto. Estaciono el auto en la zona policial y, apenas bajo, noto unos pasos acercándose.

Es una colega, y su rostro mezcla nostalgia y profesionalismo, esa tensión de una historia inconclusa.

—Hola, Diego. Te ves muy bien. Ahora solo me llamas cuando necesitas algo del trabajo, ¿verdad?

Su perfume, una mezcla dulce con un toque amargo de resentimiento, me golpea de lleno. Sus ojos verdes, que en otro tiempo me hipnotizaban, ahora me atraviesan como un aguijón. Pero aún queda una pequeña chispa de amor en su mirada que no se ha apagado del todo. Tuvimos un romance breve y a escondidas; la institución prohíbe estas relaciones. A veces, la razón queda corta ante alguien así, inolvidable.

Ella representa un “qué pudo ser” que prefiero no pensar, al menos, no en este momento

Mis hombres ya me esperaban, todo listo y perfectamente coordinado. No elegí a cualquiera; ellos son los mejores en sus especialidades, profesionales en quienes confío para resolver este caso. Estamos listos y preparados.

De repente, el jefe del aeropuerto se aproxima. Un hombre de 50 años, alto, moreno, expiloto, es de esos tipos nerviosos, pero servicial, y nos ofrece toda la ayuda disponible.

Nos dirige a una puerta de acceso a la rampa, donde un vehículo de CORPAC nos espera para llevarnos hasta la zona remota donde está estacionado el avión, se nos une el jefe de seguridad del aeropuerto.

Este caso no es como cualquier otro. No se trata de un vuelo comercial, sino de un vuelo privado, y el fallecido no es alguien común, es el hijo de uno de los hombres más poderosos del país, Nicholas De la Roca.

Al llegar a la rampa remota, donde estaba estacionada la aeronave, veo a los padres del joven fallecido. El peso de la tragedia se cuela en el aire, opresivo. No sé cómo lograron llegar hasta aquí, así que le pregunto al gerente del aeropuerto, que solo se encoge de hombros, mira a su jefe de seguridad y murmura: “Esto es Perú, y es la familia De la Roca.” En otras palabras, hay puertas que solo se abren para quienes ostentan poder.

Uno de mis hombres, con ayuda de la policía del aeropuerto y el jefe de seguridad de CORPAC, mantiene a todos alejados, incluso a la familia. El capitán del avión ha recibido instrucciones de no abrir la puerta hasta que yo lo indique.

Nicholas De la Roca se acerca, su rostro tiene una máscara de dolor y determinación.

—¿Sabe quién soy? ¿Quiero saber qué pasó? —me dice con voz quebrada—. El capitán me dio la terrible noticia antes de aterrizar, y usted ordenó que nadie subiera al avión.

La desesperación en sus ojos me alcanza; no es el hombre poderoso que todos temen, sino un padre destrozado.

—Señor De la Roca, por procedimientos he prohibido que abran la puerta, por favor, deje hacer mi trabajo. Le prometo que llegaré al fondo de esto y lo mantendré informado.

Mis palabras no son suficientes para aplacar su dolor, pero mantengo mi firmeza. A veces, en medio del dolor, la frialdad de la autoridad es lo único que da algo de contención.

Al acercarme al avión, un Citation CJ3, ordeno que el capitán abra la puerta de acceso. La escena está tan quieta como el aire antes de una tormenta.

Mi teléfono suena, es el Ministro del Interior. Le informo que aún no he ingresado al avión y que lo mantendré al tanto y que ya hablé con el señor De la Roca.

En "Perulandia", todos quieren ser los primeros en saber, aunque sé que lo que les importa más, es otra cosa.

Es hora de entrar. La tensión en el aire es palpable.

Siento que este caso será distinto a cualquier otro.

III

La escalera se despliega lentamente, emitiendo un sonido mecánico que resuena en el silencio de la pista. Pepe y yo subimos primero, y al entrar, la auxiliar de vuelo se apresura a saludarnos con una mezcla de nerviosismo y formalidad, como si no supiera qué esperar.

Le indico que llame al piloto; quiero a la tripulación y a los pasajeros reunidos sin perder un segundo. El ambiente dentro del avión es tenso, como si el aire mismo cargara una vibración de temor y sospecha.

Con el megáfono en mano, tomo aire. Todos me miran con rostros tensos, entre confundidos y alarmados.

—Muy buenos días —digo, dejando que mis palabras llenen el silencio del avión—. Soy el comandante Diego Goycochea y estoy a cargo de esta investigación. A partir de ahora, nadie debe conversar con nadie. Dejen todas sus pertenencias en el avión, especialmente sus celulares. — Se escuchan murmullos — Todos, sin excepción, serán escoltados a un lugar seguro dentro de las instalaciones del aeropuerto, donde permanecerán incomunicados hasta que podamos conversar con cada uno de ustedes.

Puedo sentir el peso de cada mirada sobre mí. Algunos intercambian miradas de protesta y desconfianza, mientras otros simplemente me observan fijamente, con una mezcla de desdén y desafío.

De pronto, una mujer alza la voz; su tono desafiante casi provoca una chispa en el ambiente cargado.

—¡No pueden dejarnos incomunicados y aislados así! No somos responsables de la muerte de Emmanuel —espeta con tono airado, como si sus palabras pudieran romper el peso de la autoridad.

—Eso es cierto, nosotros no tenemos nada que ver —interviene otro pasajero—. Yo quiero al abogado de mi familia presente, y no pienso quedarme ni un segundo aquí.

Las protestas empiezan a crecer en la cabina, como un fuego avivado por la indignación y la incertidumbre.

Alzo la mano en señal de calma.

—Escuchen bien, por favor. Parece que no entienden la gravedad de este asunto. Necesito paciencia y cooperación. Cuanto más rápido avancemos en la investigación y determinemos la causa de la muerte del señor De la Roca, más pronto podrán regresar a sus vidas.

—¿Estamos detenidos? —pregunta una voz temblorosa desde el fondo, como si la incredulidad y el pánico le hubieran robado el aliento—. ¡Esto va a ser un escándalo! ¿Saldremos en los periódicos? ¡Dios mío!

—No están detenidos. Solo los retendremos hasta que tomen su declaración y logremos esclarecer los hechos. Y en cuanto a la prensa… bueno, ese es un asunto que no puedo controlar.

Mis palabras parecen surtir efecto, y el silencio cae sobre los pasajeros como un manto pesado. No es un silencio de calma, sino de temor, una quietud espesa que parece ocultar más de lo que muestra.

Empiezo a notar los detalles: rostros tensos, miradas que se esquivan, el cese de susurros y gestos nerviosos. Algo me dice que estas personas tienen vínculos y conexiones que intentan disimular y que tendré que descubrir.

Uno por uno, los pasajeros y la tripulación descienden, entregando sus celulares con miradas de resignación y suspicacia, escoltados por la policía. Cada gesto, cada movimiento es una señal de desconfianza.

Ahora, con el avión despejado, estamos listos para hacer nuestro trabajo.

Este no es un caso cualquiera, por eso que estamos aquí, y todos lo saben. Somos buenos en lo que hacemos, y cuando hay algo que descubrir, no paramos hasta hacerlo. Este es el tipo de situación en la que el equipo sabe que todo detalle importa, que cada objeto y cada expresión puede revelar lo que está escondido.

Frente a mí, el cuerpo de Emmanuel De la Roca permanece sentado, su rostro congelado en una inexpresividad que hiela la sangre. En ese lujoso asiento de cuero, su piel pálida contrasta con la opulencia del entorno. Un joven con solo 25 años, conocido en Lima como un excéntrico de la clase alta, un muchacho que vivía al límite, como si su fortuna y su apellido fueran un escudo indestructible. Todo Lima sabía de

sus noches de desenfreno y de cómo disfrutaba alardear de su riqueza y poder sin medir las consecuencias, desafiando a su poderosa familia con sus actos de rebeldía.

Pero algo aquí no encaja. Observo el cuerpo una y otra vez, tratando de desentrañar el misterio en su quietud. ¿Un joven sin problemas económicos, con el mundo a sus pies, que aparece muerto sin motivo aparente en su propio avión? Y lo más extraño de todo: estaba rodeado de sus amigos, aquellos que parecían compartir cada una de sus aventuras… y ahora, su última.

Generalmente, las personas que mueren en un vuelo lo hacen por problemas médicos preexistentes, una condición que se sale de control a miles de metros sobre el suelo. Pero Emmanuel no encajaba en ese perfil; no había informes de enfermedad ni antecedentes de problemas serios. Esto no es un simple accidente ni un fallo físico. La muerte de este joven tiene una frialdad calculada, un aire de premeditación que se esconde detrás de cada detalle de la escena.

Un recuerdo me golpea con una intensidad inesperada al ver este lugar de muerte. Es como si el rostro pálido de este joven desatara algo en mi memoria, una imagen de otro joven en otra escena, en otro tiempo. La imagen de un muchacho de la misma edad que Emmanuel, lleno de vida hasta que cruzó el camino de gente despiadada. Ese joven había sido secuestrado por un grupo de criminales conocidos por su brutalidad, que tenía su propio código de imposición de miedo.

Aquel connotado caso nos marcó a todos en la unidad. Fuimos movilizados rápidamente; la misión era rescatar al joven antes de que fuera demasiado tarde. Pero en el mundo de los secuestros, nada es sencillo ni rápido. Los captores tomaron medidas para asegurarse de que nadie se cruzara en su camino sin pagar un precio.

Recuerdo el momento en que el padre del secuestrado recibió un paquete, dentro había una mano, la mano de su propio hijo, enviada como advertencia junto a una nota exigiendo un rescate millonario.

La reacción del padre fue un golpe para todos nosotros, un hombre desmoronado bajo el peso de su impotencia y la urgencia de salvar a su hijo. Nos desplegamos en aquella operación con una determinación inquebrantable. La prioridad era salvar al chico, pero todos sabíamos que los riesgos eran altos.

El recuerdo de esa operación aún me atormenta. Logramos rescatarlo, sí, pero al costo de una vida. Uno de los nuestros no regresó. Aquella sombra aún me acompaña, como una presencia que me susurra en cada operación. Ninguno de los siete secuestradores sobrevivió.

La prensa lo llamó un éxito, un golpe a la delincuencia, pero en el fondo, nosotros sabíamos que habíamos cruzado una línea. ¿Fue un acto de justicia o de venganza brutal el que hicimos por el compañero caído?; esa pregunta sigue rondando en mi conciencia. Al final a nadie le importó porque habíamos eliminado a toda esa escoria. Lo duro fue ver los ojos de la esposa de nuestro hermano de armas, cuando le comunicamos su muerte.

Y ahora, frente a este joven que no perdió una mano ni fue llevado a la fuerza, pero que igual ha sido víctima de un enemigo sin piedad, siento que ese recuerdo oscuro es una advertencia. Algo aquí es más oscuro de lo que parece, algo que va más allá de una muerte casual en un avión.

Pido a mis colegas que preparen a los pasajeros para los interrogatorios, no quiero perder tiempo. Ordeno que los lleven a una sala especial en el aeropuerto, la misma que se utiliza cuando se interroga a personas sorprendidas transportando mercancías ilegales. Nadie debe bajar absolutamente nada del avión; cada objeto, cada compartimiento y cada asiento pueden tener respuestas ocultas.

Me acerco nuevamente al cuerpo del joven millonario y trato de estimar cuánto tiempo lleva muerto. Uno de mis peritos examina las señales visibles, calculando que el fallecimiento ocurrió aproximadamente una hora antes de aterrizar, durante el vuelo de dos horas. El rigor mortis no deja lugar a dudas, el joven murió en pleno vuelo, lo que complica aún más la investigación.

¿Cómo pudo suceder, sin que nadie se percatara de algún detalle, en un espacio tan reducido, y rodeado de varias personas?

IV

El teléfono celular suena. Es mi jefe, quien quiere saber los detalles de primera mano. Me cuenta que el presidente lo ha llamado, reclamando porque no permitimos que Nicholas De la Roca se acercara al avión para ver a su hijo. Al parecer, los De la Roca y el presidente tienen una relación cercana, y para ellos, las reglas parecen algo opcionales.

Le explico que tengo que mantener la escena intacta, sin contaminar ninguna posible evidencia. Uso una firmeza disfrazada de paciencia para pedirle que me deje hacer mi trabajo, que no interfiera. Después de colgar, respiro profundo, sabiendo que en cualquier momento podrían surgir más presiones.

Solicito que tanto el capitán del avión como la sobrecargo se queden para tomar sus declaraciones iniciales. Me acerco a la azafata para escuchar su versión de lo ocurrido.

—Señorita...

—Lucía de la Vega— me interrumpe suavemente, adelantándose a mi pregunta.

—Bien, Lucía. ¿Puede contarme cómo fue que descubrió que el señor De la Roca había fallecido?

Ella asiente, tomando un momento para recobrar la compostura antes de hablar, los nervios tensan sus manos.

—Yo estaba preparando la cabina de pasajeros para el aterrizaje porque el capitán avisó que estábamos por llegar. Me acerqué al Sr. De la Roca, le toqué el hombro para despertarlo, pero no reaccionaba. Al moverlo un poco, noté que estaba frío y entonces le tomé el pulso… pero no lo sentí. Fue en ese momento en que fui a informarle al capitán —explica, con los ojos levemente enrojecidos, intentando controlar la tensión de recordar el momento.

—Desde que subió, Emmanuel se sentó y pidió una cerveza y me ordenó que no lo molestáramos. Es algo normal en algunos pasajeros, así que lo dejé tranquilo hasta el aterrizaje.

—¿Pero no percibió algo sospechoso? —pregunté, calibrando el tono de voz para no alarmarla y ver qué conseguía.

—No, para nada. Hasta ese momento, el resto de los pasajeros estaban tranquilos, cada quien en lo suyo. Algunos miraban por las ventanas, admirando la selva y la cordillera de Los Andes. No fue sino hasta que vieron que me dirigía rápidamente a la cabina del capitán para informarle que el joven De la Roca no tenía pulso, que se alarmaron. A partir de ahí, el pánico se extendió.

Pepe interviene con suavidad, pero con la firmeza que lo caracteriza.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Intenté calmarlos y les pedí que volvieran a sus asientos. Luego fui a la cabina para ver qué me ordenaba el capitán. Desde allí, escuché cómo notificaban la emergencia a la torre de control de Lima. Después, el capitán contactó por celular satelital al Sr. Nicholas De la Roca para informarle de la situación. Desde ahí, seguimos el protocolo de emergencia. Tras el aterrizaje, esperamos la llegada de las autoridades — completa su relato, cada palabra reflejando la carga emocional del momento.

—¿Cuánto tiempo tiene trabajando en la línea aérea?

—Voy a cumplir un año en unas semanas más.

—¿Es casada?

—No

—¿Tienes familiares?

—Tenía, una hermana que falleció hace un año. Ella vivía conmigo.

—Lo siento.

Miro de reojo el asiento donde yace Emmanuel, recostado, con los ojos cerrados, como si durmiera. No hay ninguna evidencia de un arma ni nada que sugiera una muerte violenta. Todo apunta a una muerte súbita, pero la intuición me dice que aquí hay algo más.

Cambio de tono y me dirijo al capitán, quien ha permanecido en silencio, observando con una mezcla de resignación y respeto por la situación.

—Capitán, ¿conocía usted bien a Emmanuel De la Roca?

El hombre, que ha trabajado para la familia durante años, parece dudar antes de responder, como si cada palabra debiera ser medida.

—No del todo. Mi relación era más cercana con el Sr. De la Roca, el padre de Emmanuel, quien fue el que me contrató para volar en su compañía. El muchacho tenía una relación complicada con su familia. No era raro que en ocasiones hubiera tensiones —explica, eligiendo sus palabras con precisión—. Pero el joven tenía amigos extraños, personas de su mismo nivel social en las que confiaba, o al menos eso parecía. Era un espíritu rebelde.

Sus palabras dejan una estela de suspenso en el aire. Emmanuel, con su vida turbulenta y amistades de conveniencia, ¿había sido asesinado en medio de su propio círculo de confianza? Mientras el capitán habla, algo se me viene a la mente. Detrás de este aparente accidente podría esconderse un motivo más oscuro, uno que involucra no solo poder, sino quizás alguna venganza, algo frío y calculador.

Mis investigadores, al revisar el log book del avión, verían que este avión era volado exclusivamente por este capitán, y que era el preferido por el patriarca de De la Roca. Después nos enteraríamos de que el Capitán Rodríguez fue despedido años atrás de una línea aérea de vuelos regulares, por infringir los límites de seguridad de vuelo.

Ordeno que se tomen fotos minuciosas de la escena antes de proceder con el retiro del cuerpo, que será transportado a la enfermería del aeropuerto para una revisión preliminar. A cargo de esta evaluación estaba Patricio Zegarra, nuestro especialista forense. Zegarra, un médico joven, pero meticuloso, ha demostrado una destreza singular en casos donde la causa de muerte parece escurrirse entre los dedos de la evidencia, hincha acérrimo de Alianza Lima, bailarín salsero, egresado de la Cayetano Heredia con honores.

Mientras prepara sus herramientas, observo cómo examina el cuerpo con esa calma quirúrgica que solo se adquiere tras largas noches en la morgue, con un rostro impasible que parece inmune al horror.

Zegarra tomaría muestras de sangre, buscando cualquier sustancia inusual que pudiera ayudar a esclarecer cómo alguien había logrado, en pleno vuelo y sin dejar rastros visibles, asesinar al heredero de una de las familias más poderosas de Lima.

Aquí estaba, muerto en circunstancias tan anómalas como convenientes para quien quisiera deshacerse de él. La premeditación era evidente, pero lo que me intrigaba era la precisión con la que habían ejecutado el plan.

Le pedí a Zegarra que busque algún moretón o pinchazo en el cuerpo, alguna señal mínima que nos pudiera llevar a la causa de su muerte. Alguien había elaborado un plan sofisticado, aprovechando el contexto y ejecutando lo que, a simple vista, parecía un crimen perfecto. Pero no existen crímenes perfectos; siempre hay una pista, un error, una imprudencia. Solo era cuestión de analizar cuidadosamente cada detalle hasta encontrarla.

Sabía que el siguiente paso era trazar un perfil psicológico de Emmanuel y de su entorno cercano. Era un joven apuesto, encantador, alguien que atraía tanto a mujeres como a hombres a su círculo de amistades y lealtades ambiguas. Con una mezcla de carisma y fortuna, encajaba en ese perfil que despierta más envidia que admiración, en aquellos que se sienten excluidos de su mundo.

Relaciones superficiales, tensiones escondidas y secretos entre sus amistades podían fácilmente haberse convertido en motivos de traición o envidia.

Había que mover el avispero para que comenzaran a revelar más sobre su relación con el joven fallecido. Dirigí la vista hacia el grupo de amigos, sentados en fila y visiblemente tensos. Cada uno tenía una expresión distinta: algunos lucían pálidos, otros evitaban mirarme, y algunos sostenían la mirada, desafiantes o incrédulos.

Un oficial se aseguraba de que no hablaran entre ellos, pero sus gestos ya decían mucho.

El lenguaje no verbal era una clave en sí misma, y una mirada esquiva o un temblor leve en las manos podían sugerir mucho más que cualquier palabra ensayada.

En ese momento, se me acercó Pilar, nuestra psicóloga criminalista, con su porte discreto y sus inseparables lentes. Era una de las mejores en su campo, con estudios avanzados en España y una habilidad para desentrañar las emociones y motivaciones ocultas. Con ella en el equipo, el perfil de cada pasajero y miembro de la tripulación sería más detallado y crucial para descartar o identificar posibles sospechosos.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —le pregunto en voz baja mientras juntos observamos al grupo de pasajeros.

—Algunos muestran signos de estrés agudo; otros parecen algo resignados, pero ninguno se ve realmente desconsolado. De hecho, uno de los amigos del joven fallecido —dice, señalando con discreción a un hombre joven de cabello oscuro— mantiene un contacto visual fuerte, casi desafiante.

Eso puede ser una señal de que quiere aparentar control sobre el grupo, como si tuviera algo que demostrar.

Cada uno de estos individuos tiene su propio rol y su propio secreto, y ahora, uno de ellos o alguien cercano se había convertido en el enemigo silencioso que había arrebatado la vida de Emmanuel frente a todos.

La cacería había comenzado, y no descansaría hasta encontrar al responsable.

V

Me acerqué al grupo, que esperaban con cierto nerviosismo, y comencé con la primera pregunta esencial.

—¿Quién estaba sentado al lado del occiso?

Una joven morena, de hermosos ojos color café y una presencia imponente, se adelantó con rapidez, casi ansiosa por responder.

—Yo —dijo ella, con una voz quebrada tipo telenovela.

—Sí, comandante. Ella estuvo sentada junto al fallecido —confirmó Pilar, la psicóloga, en un tono más clínico que humano.

—No puedo creer que esté muerto —dijo, respirando profundamente y tratando de contener las lágrimas, aunque sus ojos no mostraban un atisbo de auténtica angustia. Su mirada me desconcertaba, como si su tristeza fuera más actuación que emoción genuina.

—Mi nombre es Laura Lara. Lo conozco desde que éramos niños. Nuestras familias siempre fueron muy cercanas. Cada vez que tenía una locura en mente, como este viaje, me llamaba para que me uniera al grupo. Emmanuel era… —Pausó un momento, mirando al suelo, como si las palabras no pudieran salir de su boca —muy divertido y siempre lleno de vida. Todo el mundo lo quería. No tenía enemigos. No puedo imaginar cómo deben estar sintiéndose sus padres… Yo estoy devastada.

Observé sus gestos con atención. Aunque sus palabras reflejaban pena, algo en su tono sugería un guion demasiado ensayado. Intentaba construir la imagen perfecta de Emmanuel ante los demás, pero en sus ojos brillaba algo indefinible: ¿culpabilidad o encubrimiento?

—¿A qué se dedica, señorita Lara?

—En estos momentos, estoy pasando por una crisis existencial y vivo en mi año sabático. Estuve a punto de casarme y el día de la boda, me desaparecí, y dejé plantado a mi novio. Agarré mis maletas y me fui a Europa con unos amigos. —se ríe —Mis padres me querían matar, pero yo se lo dije a ellos, que no estaba lista, además

ese matrimonio fue idea de ellos. Pensaban, que de esa forma sentaría cabeza, usted se imagina, yo, sentar cabeza. Soy muy joven.

Definitivamente, era muy hueca, mimada o estaba haciendo una gran actuación para despistarme.

—¿Recuerda cómo fue el vuelo? —pregunté, buscando alguna pista que pudiera ayudarnos en nuestra investigación.

—Durante el despegue, Emmanuel me dijo que no quería hablar, que quería dormir. —Laura forzó una leve sonrisa—. Él sabía lo "lora" que soy, así que me puse mis audífonos y me perdí en la música y en una revista de moda. No volví a dirigirle la palabra hasta que estábamos por aterrizar. Fue entonces cuando la azafata intentó despertarlo y… —Laura titubeó, mordiendo su labio inferior— y no reaccionó. Fue horrible.

Su testimonio, aunque parecía genuino, tenía ese leve temblor que delataba algo calculado en su discurso. Tal vez el impacto de ver a Emmanuel muerto había afectado su mente, o tal vez había algo más en esa tristeza artificial.

—¿Algo fuera de lo común durante el vuelo? ¿Algo que le haya llamado la atención?

—No… nada fuera de lo normal que recuerde —respondió rápidamente, —. Emmanuel solo tomó una cerveza, y luego se durmió —corroborando la versión de la azafata.

Moví la cabeza lentamente, como si estuviera pensando en algo, dejando que el silencio fuera mi aliado. Sabía que hacer ese gesto ante el interrogado era una táctica poderosa, pero Laura ya no tenía más que ofrecer. Sus respuestas no me ayudaban en nada para resolver este caso.

—¿Usted y el Joven De la Roca alguna vez tuvieron alguna relación amorosa?

—Si se refiera a Sexo, sí. Pero relación, relación, nunca.

Realmente esta jovencita vivía en un mundo paralelo al nuestro.

—Gracias, Laura. Cualquier detalle que recuerde será útil. —Y sin apartar la mirada de sus ojos, añadí—. La familia de Emmanuel tiene mucho dinero, como la tuya. No

muchos pueden permitirse un viaje en un avión de lujo particular y quedarse en el mejor hotel de Iquitos, ¿verdad?

Laura esbozó una sonrisa tensa, como si sopesara si era prudente contestar.

—Sí, comandante… Ambas familias tienen esa relación. Mis padres están en la industria minera y conocen a sus padres. Supongo que por eso Emmanuel y yo siempre fuimos tan cercanos. Son lujos que nos podemos dar.

En círculos tan cerrados, las líneas entre la amistad y el resentimiento se desdibujaban con facilidad.

¿Qué secretos guardaban esas familias?

¿Y cuán profundas eran las conexiones entre ellos?

El siguiente en ser interrogado fue un joven alto, de rostro serio y mirada penetrante, destacado no solo por su presencia, sino también por su impecable vestimenta. Mientras los demás vestían ropa deportiva, él aparecía con un traje a medida, de tela fina, como si quisiera dejar en claro que no había dejado nada al azar.

Su aspecto pulcro, parecía cuidadosamente diseñado para transmitir un aire de autoridad y control, como si todo en su vida, incluso su apariencia, estuviera bajo su dominio.

Su familia, era conocida por poseer el estudio de abogados más prestigioso de Lima, defendían los intereses de los más grandes en Perú y mantenía una relación cercana con los De la Roca, siendo sus principales consultores legales por lo compleja de su diversidad empresarial.

En este círculo, las conexiones no solo se tejían con lazos de sangre, sino también con hilos de poder y riqueza.

Del Monte es un connotado tenista, estuvo en el puesto 25 del ranking ATP a nivel mundial, su nombre sale siempre en los periódicos. Se podría decir que es un orgullo nacional. Me cuesta trabajo pensar que circulara por los mismos caminos que De la Roca.

Lo observé un momento antes de lanzar la primera pregunta, intentando leer sus gestos, buscando alguna grieta en su fachada impecable, no habría preferencias.

—Sr. Antonio del Monte, ¿qué me puede decir de su relación con Emmanuel De la Roca?

Su respuesta fue inmediata, calculada, como si estuviera preparado para cualquier interrogatorio. Su tono de voz era firme y controlado, característica proveniente de un linaje genético de abogados, sin una pizca de nerviosismo, lo cual no hacía más que aumentar mi desconfianza.

—Emmanuel y yo estudiamos juntos desde el pre kínder. Luego, en la universidad, ambos elegimos carreras distintas: yo, Derecho, él, Administración. Siempre lo consideré, mejor dicho, lo consideraba, como uno de mis mejores amigos. Era un hombre brillante, con una capacidad de relacionarse con la gente que pocos tienen.

Lo miro con atención. Su respuesta, fluida y sin titubeos.

Su rostro permaneció impasible, pero algo en su mirada me sugirió que detrás de esas palabras había algo que no encajaba.

—Ayer bebimos más de la cuenta —continuó, ajustándose la camisa con un gesto nervioso que no pasó desapercibido—. Pero no sé si hubo algo más que circulara por ahí, si me entiende… Yo no lo vi, pero creo que el exceso le pasó la cuenta.

Sus palabras me hicieron fruncir el ceño. El término "exceso" era ambiguo, como si intentara esconder algo más profundo, algo que no quería admitir. El hecho de que insistiera en lo que "circulaba" me parecía sospechoso.

—Eso lo determinará el análisis toxicológico —respondí con frialdad, sin apartar mis ojos de los suyos. Sabía que algunas personas mencionaban "el exceso" para desviar la atención.

Ajustó nuevamente su camisa, intentando retomar el control de la situación.

—Es solo que... bueno, Emmanuel no era el tipo de persona que se dejaba llevar por esas tendencias. Pero a veces uno se relaja un poco, y bueno, pasan cosas. Eso es todo lo que le puedo decir, comandante. Además, con todo respeto, si desea algo más de mí, deberá ser en presencia de mi abogado. O sea, mi padre.

Su tono mezclaba un despotismo, acostumbrado a tomar un teléfono y arreglar las cosas a su manera. Pero eso no funcionaba conmigo.

—¿Alguna vez le quito alguna chica?

—No, por el contrario, era bueno compartiendo, si usted me comprende.

Siempre había tenido casos complicados, pero nunca uno que agrupara a un puñado de jóvenes millonarios. En sus respuestas podía esperar cualquier cosa.

—Sí, sí, te entiendo. Por el momento no tengo nada más que preguntar, pero no saldrá hasta que yo lo diga y tampoco tendrá un abogado. Si quiere después quejarse, hágalo. —respondí, controlando mi voz, por no mandarlo al cacho. —Así que gracias, Señor Del Monte.

Mientras se retiraba, comencé a hilar las piezas del rompecabezas. Cada uno de los sospechosos parecía esconder algo. Eran todos hijos de papi, pertenecientes a un mundo de lujo, poder, y secretos. Sus respuestas estaban cuidadosamente elaboradas, pero sus gestos los traicionaban, y por ahí los iba a agarrar.

El siguiente interrogado fue Andrés Seminario, un joven de mirada desafiante y una sonrisa cínica. Su familia controlaba parte significativa de los medios de comunicación del país, un poder capaz de moldear o destruir a cualquier persona.

El joven Seminario era el heredero de la fortuna familiar, el sucesor de su padre. Extraoficialmente, muchos de sus problemas por riñas con otros jóvenes fueron eliminados de sus récords policiales. En una ocasión, en una discoteca limeña, se agarró a golpes con 6 policías que lo querían detener por ocasionar desorden en la vía pública. Los noqueo a todos y logro huir del lugar. Era muy fuerte y además era cinturón negro en kun fu.

Cuando le pregunté sobre su relación con Emmanuel, su tono se tornó más serio, pero lo disimuló con una sonrisa sardónica. Me imagino que pensó si respondía o no la pregunta. Pero finalmente lo hizo.

—Lo conocí en la universidad. Al principio todo iba bien, éramos buenos compañeros, pero en los últimos meses la cosa cambió. Comenzamos a vivir en una constante competencia, Nos veíamos como rivales en todos los escenarios, en nuestro círculo social y en nuestro círculo de diversión, que no es el mismo. Hasta que, de repente, las cosas cambiaron. Se acercó a mí. Volvimos a ser “amigos”, yo lo acepté, ese

acercamiento fue raro, muy raro. Durante los últimos 2 meses no tuvimos ningún roce por mujeres ni amigos.

Me intrigó.

—¿Se acercó a ti, en serio?

Andrés se encogió de hombros, mirando al techo antes de responder.

—Sí, raro, ¿no? Como si quisiera que estuviéramos en paz. Hace unas semanas lo invité a una cabalgata en Pachacámac, y ahora él me invita a este viaje. No había nada raro en aceptar, pero, sinceramente, no sé qué diablos pasó en el avión. Y esto es lo único que voy a decir, la próxima declaración será con mi abogado.

—No hay necesidad de ponerse a la defensiva, Sr. Seminario. Comprendo su posición, pero también espero que entienda la mía.

Andrés me dirigió una mirada desdeñosa, y con tono desafiante replicó:

—Mira, muerto de hambre, ¿tienes idea de quiénes son mis padres? No me jodas más con tus preguntas estúpidas.

Pepe, que observaba la escena en silencio a mi lado, se levantó y, con una serenidad fría, le contestó:

—Escucha, niño de mierda, estamos más que acostumbrados a tratar con tipos como tú. Si el poder de tus padres fuera tan absoluto, hace rato no estarías aquí. Así que ve acostumbrándote. No somos la clase de policías que puedes intimidar con tus desplantes.

Andrés me dejó pensativo y un poco molesto de la forma como estos muchachos nos miraban. Yo no era de fierro, y esas palabras hacían daño, recordándome de las diferencias tan profundas que había en la sociedad, y cómo estaba tan carcomido el respeto a la autoridad policial.

Retorné a mi objetividad y pensé: “Emmanuel, un hombre que siempre había jugado con los sentimientos de otros, ahora buscaba hacer las paces con un joven tan déspota como él”.

¿Qué había cambiado en él? Después de años de rivalidad y manipulaciones, ¿era posible que Emmanuel hubiera querido cerrar ese capítulo con Andrés?

¿Por qué?

Andrés, con su frialdad, y su tono despectivo, hizo que mi desconfianza creciera.

Creo que Andrés se molestó con Emmanuel por la forma cómo conseguía todo sin esfuerzo: mujeres, popularidad y fama, porque dinero los dos tenían. El joven De la Roca hacía ver a todo su círculo de amigos que tenía todo bajo control.

Su tono de desdén y su falta de empatía me incomodó. Para mí, la relación entre ellos estaba llena de resentimientos y desafíos ocultos, pero esa no era la razón por la que Andrés se mantenía tan frío ante la muerte de Emmanuel.

Volví a mirar por la ventana a los demás sospechosos. Cada uno con sus propias motivaciones y secretos, y yo debía desenmarañar ese rompecabezas antes de que salieran de este momentáneo cautiverio, y luego tener que lidiar con sus abogados.

Esperaba noticias de Zegarra, el forense, quien debía darme los resultados preliminares de la autopsia. Necesitaba respuestas, y las necesitaba pronto.

VI

Irina Peralta, otro de los pasajeros que teníamos que interrogar, no era solo una mujer que atraía por su belleza etérea y su mirada controlada. Conscientemente, ella sabía lo que tenía y el poder y magnetismo que su físico le otorgaba, y lo utilizaba a su favor en cada momento.

Mi equipo había descubierto que provenía de una familia española pudiente que emigró al Perú hace 15 años y cayó en desgracia, perdiendo todo lo que tenía y quedando lejos de las comodidades a las que estaban acostumbrados. Su padre, nacido en Navarra, se quitó la vida y dejó a su pobre mujer con una joven adolescente.

La vida de Irina había sido una montaña rusa de altibajos tratando de mantener a su madre, pero todo parecía haber cambiado cuando conoció al joven De la Roca.

También se pudo averiguar que en los círculos que frecuentaban los investigados, se decía que Irina había sido pupila de un hombre conocido en ese ambiente; un "empresario" de fachada, pero en realidad, un proxeneta que preparaba y utilizaba a jóvenes como Irina para acceder a hombres con poder económico y político.

Dicen que este hombre recorría los centros donde se ejercía la profesión más antigua del mundo, y reclutaba a las más bellas dándoles dinero, ropa y una nueva vida. Ahí se dice que encontró a Irina.

Este oscuro empresario encubierto manipulaba a estas mujeres para obtener información comprometedora y luego extorsionar a sus víctimas con exponer pruebas visuales de esos encuentros, logrando a cambio de su silencio favores políticos o grandes sumas de dinero. Dicen que es un hombre muy peligroso y muchos le tienen miedo.

Todo esto me hizo pensar, que Irina debía conocer mucho más que la intimidad de Emmanuel. Quizás, incluso, algún oscuro secreto que él no podía permitirse que otros supieran. Sabíamos también que De la Roca había tenido un enfrentamiento con aquel hombre cuando sacó a Irina de ese círculo, ignorando las amenazas que este le profirió.

Era claro que el proxeneta no perdonaría haber perdido a la mejor de sus "niñas".

Irina se había convertido en una pieza fundamental en la red de manipulación, alguien que accedía con su belleza a los círculos más exclusivos, extrayendo información valiosa de los hombres que caían en sus brazos.

Me preguntaba si el proxeneta había aprovechado aquella afrenta para presionar a Irina, forzándola a hacerle daño a Emmanuel, y ella se negó, o colaboró.

Las piezas comenzaban a encajar, pero necesitaba pruebas. Pedí que localizaran a Aníbal Jordán, que era así como se llamaba el proxeneta; tenía que interrogarlo. Luego, giré hacia Irina y comencé el interrogatorio directo.

—¿Por qué andabas con Emmanuel? —le pregunté, consciente de que su respuesta podía revelarnos algo esencial.

Irina sonrió con ambigüedad mostrando esos carnosos labios y, con un tono sugerente y una leve elevación del pecho, respondió:

—¿Por qué cree comandante? Me gustaba... y yo a él —dijo, dejándome una respuesta vagamente provocadora moviendo su cuerpo.

Intenté presionarla.

—¿Qué nos puedes decir del joven De la Roca que no sepamos?

—Emmanuel era de esos hombres que nunca se detenían. Cuando alguien como él decide que le interesas, no es fácil negarse —dijo, jugando con un mechón de su cabello, evitando mi mirada—. Sabía manipular, comandante. Al final, todos jugábamos su juego. Si se fijaba en una de mis amigas, no paraba hasta tenerla. Emmanuel tenía maneras muy… insidiosas de lograr lo que quería. A veces, su insistencia rozaba lo desagradable.

Imaginé a Emmanuel con su atractivo físico y cálculo psicológico, manejando las situaciones a su conveniencia. Lo que para muchos parecía amistad y diversión, era, para las amigas de Irina, un “juego” con precio.

—¿Qué quieres decir con desagradable? —le pregunté, enfocándome en su expresión mientras ella mantenía su aura hipnótica. Parecía un ángel, pero sé que no lo era.

—¿De verdad no lo sabe, comandante? —replicó con una sonrisa fría—. Emmanuel tenía una debilidad por meterse con chicas comprometidas; las acosaba hasta que cedieran. Y si el método “normal” no funcionaba, usaba otros, menos sutiles —hizo una pausa breve y profunda—. Para él, todo tenía un valor monetario. Sabía cómo hacer que pareciera un juego inofensivo, aunque en realidad, solo era un capricho de calentura pasajera.

Su tono parecía estar cargado de desprecio e indiferencia hacia Emmanuel, pero, por otro lado, quedaba claro que también había sido parte de ese círculo de poder y manipulación, y que existía cierto afecto.

—¿Te incomodaba su forma de actuar con las mujeres?

—¿Incomodarme? —Irina estaba buscando las palabras correctas para contestar—. No lo sé. A algunas les gustaba; otras caían en su juego sin darse cuenta.

Decidí cambiar el enfoque, tanteando el tipo de relación que había tenido con los demás implicados.

—¿Tuviste relaciones con otros de los investigados?

Irina me sostuvo la mirada, con una chispa de desafío en sus ojos, y respondió sin titubear:

—Con varios, comandante. ¿Eso es relevante? —dijo con una sonrisa de descaro—. Estoy segura de que usted ya lo sabe.

Yo no lo sabía, sentí que el interrogatorio tomaba un giro interesante y decidí abordar el tema de Aníbal Jordán, el proxeneta.

—¿Y qué hay de tu relación con Aníbal Jordán?

—Es cosa del pasado. No tengo nada de que avergonzarme.

—Sabemos que Aníbal y Emmanuel tuvieron problemas por ti.

—Usted lo ha dicho, comandante; tuvieron. Es pasado. Una vida que preferiría olvidar.

—¿Por qué quieres olvidar?

—Porque a veces lo único que puedes hacer es cerrar los ojos y tratar de olvidar un pasado que te marca para siempre.

Este detalle sobre su historia con Jordán podría ser clave para entender las razones detrás del asesinato de Emmanuel, o incluso, su implicación en ello.

La intensidad de sus relaciones y su habilidad para manejar lo que revelaba sugerían que experiencia en juegos de poder, donde los lazos afectivos, eran solo herramientas de control.

—Hemos terminado por el momento.

Irina se levantó con elegancia, ajustándose su corta falda y moviendo sus hombros para mostrar sus enromes pechos, dejando que su largo cabello cayera a un lado mientras salía de la habitación, sus tacones resonando en el silencio. Era un espectáculo mirar a semejante mujer.

Mi instinto, forjado en años de investigaciones complejas, me decía que debía profundizar más en esta mujer. En sus respuestas había una sombra que me dejaba mucho que pensar.

Pepe, mi segundo, interrumpió mis pensamientos.

—Jefe, tenemos un problema. La prensa se enteró de todo este lío y está en los pasillos del aeropuerto, exigiendo respuestas y saber sobre las personas que tenemos en custodia.

No era momento de tratar con los medios. Tenía muchos cabos sueltos que aún atar en este caso.

—Pepe, que protocolo del aeropuerto se encargue. No pueden entrar aquí. Coordina con ellos y asegúrate de que la policía del aeropuerto mantenga la situación controlada. Habla con Daniela, la comandante de este puesto, la vi cuando llegué, Dile que vas de parte mía.

—Ella no es…

—Sí, sí, ella es Pepe. Anda nomas.

Hice una nota mental de volver a hablar con Irina. Había detalles oscuros en su vida que aún no estaban claros, y no podía avanzar sin respuestas contundentes.

VII

Miguel Piccolo, el siguiente pasajero a interrogar, era un joven pintor y poeta cuya presencia resultaba casi etérea. Su aspecto era el de un hombre reservado, con un rostro ligeramente ajado por las noches de bohemia y un aire melancólico que lo hacía parecer ajeno a la realidad.

Mi equipo de investigación ya había rastreado su vida, y sabíamos que era un asiduo concurrente de Barranco, un lugar muy conocido en la ciudad por su vida nocturna y su ambiente artístico. Según mis agentes, Miguel era amante de las peñas criollas de la zona, un declarado seguidor del criollismo, y pertenecía a un grupo de artistas bohemios, un círculo selecto donde las almas creativas se entrelazaban.

—Señor Piccolo, ¿qué puede decirme sobre su relación con Emmanuel De la Roca?

Miguel respondió con voz suave y controlada, sin perder la serenidad. A pesar de la evidente tristeza en su tono, había algo más, un cierto nivel de admiración por el occiso que no conseguía ocultar.

—Lo conocí a través de su madre, Martha. Ella es parte de una organización benéfica que ayuda a jóvenes con problemas de alcohol y drogas. Yo también soy parte de esa organización, así que fue natural que nos encontráramos en algunas de las fiestas que su familia solía organizar. De ahí, comenzamos a frecuentar los mismos círculos y, con el tiempo, se fue formando una muy buena amistad.

Miguel hizo una pausa y se tocó el pecho, como si cargara una pena profunda.

—Era un joven único, lleno de energía, siempre rodeado de gente. ¿Qué puedo decir? Admiraba su capacidad para hacer que todo lo que tocaba se volviera… especial. ¿Cómo no podría? Estaba rodeado de esa esencia única con la que algunos nacen, esa habilidad innata para hechizar a todos, con solo una sonrisa.

Sus palabras parecían sinceras, pero ¿de verdad estaba tan afectado por la muerte de Emmanuel, o había algo más detrás?

—¿También conoce a Irina Peralta? ¿Qué puede decirnos de ella?

—Sí, la conozco, somos amigos, pero no sé mucho más de ella de lo que ustedes ya deben saber. Es muy de piernas sueltas y vuelve locos a todos los hombres, realmente la envidio, es realmente hermosa.

—¿Es cierto que le presentaba usted chicas a Emmanuel? —mentí, buscando profundizar en su relación con el fallecido.

El rostro de Miguel se tensó brevemente, como si hubiera dado en el clavo.

—Sí, bueno, en nuestro círculo social siempre había mujeres. Emmanuel… tenía una manera de enamorar a todas, pero… hubo ocasiones en las que me divertía con él, haciendo de "celestina", pero no fue fácil… no, no lo fue, me gustaba ese chico.

La mirada de Miguel se desvió hacia la ventana del despacho, evitando la intensidad de la conversación. Observé cómo su expresión cambiaba por un momento. Decidí apuntar algo más íntimo que tal vez desvelaría más sobre su conexión con Emmanuel.

—¿Hubo alguna vez una relación especial entre ustedes dos? Se ha comentado en el ambiente que existía algo más allá de una simple amistad.

Miguel se encogió ligeramente de hombros, como si no tuviera respuesta para esa pregunta, pero sus ojos brillosos me decían lo contrario.

—La vida de Emmanuel era tan, pero tan compleja, llena de cosas que no siempre podían ser comprendidas por los demás. Y sería un escándalo para sus padres. Pero sí, algunos dirían que había algo extraño entre nosotros, una relación bastante complicada. No sé si esa es la palabra correcta, pero lo era. Su vida estaba rodeada de confusión.

Sus palabras quedaban flotando en el aire; decía mucho, pero nada nuevo en concreto.

Mientras Miguel continuaba su relato, mi mente revisaba los reportes de los investigadores y lo que habían descubierto en Iquitos, un tema que, hasta el momento, había pasado desapercibido.

—¿Usted tiene pareja?

—Sí, un joven pintor italiano

—¿Qué puede decirme sobre él? —solté la pregunta, buscando obtener más detalles para poner todo junto con la información que teníamos.

Miguel tardó un poco en responder. Cuando lo hizo, su tono fue aún más cuidadoso, imprimiendo a sus palabras un tono más coloquial.

—Sí, es… muy celoso, y no solo conmigo, sino también con las personas con las que me relaciono. —Hizo una pausa antes de continuar—. Su nombre es Dionisio. Viene de Italia y se queda a pasar un buen tiempo en Perú, y bueno, nuestra relación… no es sencilla, como muchas relaciones complicadas. Hay mucho amor y pasión, pero también hay mucha inseguridad. No le gustaba que me codeara con Emmanuel, tiene esa personalidad tan aprensiva y obsesiva.

Me incliné hacia adelante; aquí había un posible móvil para un asesinato. Sentía que Miguel estaba a punto de revelar algo importante.

Le pido a Pepe que imprima una foto de Dionisio para confirmar la identidad de este hombre. Dejo que pasen unos minutos, hasta que me traen lo que pedí. Proseguí con el interrogatorio.

—¿Esta es la foto de Dionisio?

Miguel se tensó al ver la foto de su novio en Iquitos, y por un momento, sus ojos se oscurecieron.

—Sí, es él.

—¿Qué hacía en Iquitos?

El joven artista se queda callado.

—¿Es cierto que hubo una discusión con Emmanuel en Iquitos?

Es un detalle que mis agentes habían descubierto en los videos del hotel, algo que inicialmente pensamos era solo un altercado entre Emmanuel y un pasajero.

—No sé qué conclusión sacará usted, pero no es ningún criminal… Dionisio me llamó varias veces al celular, y se mostró muy molesto cuando supo que yo estaba viajando con Emmanuel y un grupo de amigos a Iquitos. Él supuestamente no llegaría de Italia hasta la próxima semana, pero adelantó su viaje.

Cuando menos lo esperaba, se apareció en el hotel, mientras nosotros… bueno, ya sabe, nos divertíamos. Yo no lo vi, pero Emmanuel sí, y me contó que se enfrentaron. Esa misma noche, Dionisio finalmente se fue de Iquitos. Nunca me había sentido tan incómodo con tan grotesca escena. No entendía por qué su enojo había llegado tan lejos; él sabía cómo soy, y él lo había aceptado. Pero no salí corriendo detrás de Dionisio. Me pregunté después, arrepentido, por qué no tomé un avión y lo seguí. Algo me decía que Emmanuel era un poco culpable de todo esto… me tenía bajo su poder. A veces me pregunto si, tal vez, algo más había ocurrido entre ellos… tal vez, algo que nunca sabré.

Mis agentes habían reportado que Dionisio estaba en camino a Italia. Estaba en pleno vuelo, así que se puso en marcha una solicitud para que Interpol emitiera una alerta roja para su detención. Un posible sospechoso acababa de dejar el país, y era esencial que se le interceptara antes de que desapareciera del radar.

La incomodidad de Miguel era palpable. La relación entre los tres, él, Emmanuel y Dionisio, resultaba en un triángulo de emociones explosivas. Alguien con celos y acciones impulsivas podía fácilmente tener un motivo para eliminar a el joven De la Roca.

En ese instante, recibí una llamada de Patricio, el forense de mi equipo, quien me informaba de un descubrimiento clave.

—Jefe, aún no estoy 100% seguro, pero usted no lo va a creer, la muerte de Emmanuel fue definitivamente causada por envenenamiento con “curare”, un veneno natural producido en la selva amazónica. La sangre de Emmanuel tiene un color rojo brillante, lo que indica una oxigenación anómala en los tejidos. El curare tiene un efecto muy particular, causando parálisis muscular al interferir con el sistema nervioso. Aunque los síntomas de este veneno suelen ser más lentos que otros, es letal si la dosis es alta. En unos minutos te daré más detalles.

La revelación del curare activó todas las alarmas en mi mente. Ahora teníamos una pista concreta, la muerte de Emmanuel había sido un asesinato deliberado. La pregunta era: ¿cuándo y cómo se le había administrado el veneno?

Llamo a mi segundo para darle instrucciones precisas.

—Pepe, quiero que realices un chequeo minucioso del avión. Revisa tazas, platos, manteles, asientos y baños. El veneno puede haber dejado rastros en cualquier superficie. Si alguien lo usó, debe haber evidencia de su presencia en alguna parte del avión que nos acerque al asesino. Que saquen los restos del baño y vean si alguien tiró algo por el escusado o el dispensador de basura.

—Jefe, sabe lo desagradable que es buscar entre la mierda.

—Lo siento, ya sabes cómo es este trabajo, alguien tiene que hacerlo.

Pepe asignó a Marcial, el más nuevo en el equipo, era su prueba de fuego, fue asignado a revisar el baño. Pepe se dispuso a revisar las pertenencias de cada pasajero nuevamente, en busca de algo que se le hubiera pasado.

—La basura en la cabina del piloto también. No descartes nada, cada detalle es importante. Nadie puede dejar de ser considerado sospechoso.

Al haber identificado la causa de la muerte, la pregunta era: ¿quién y en qué momento logró administrar el veneno?

Definitivamente, Emmanuel era un hombre que había provocado muchas enemistades.

El responsable de su muerte había cruzado la línea, ejecutando un crimen que requería planificación y conocimiento.

Mientras ordenaba cada detalle en mi mente, me hacía la pregunta clave, ¿quién lo mató?, ¿lo hizo por venganza, por celos… o había algo aún más oscuro detrás?

VIII

La siguiente pasajera a interrogar era Ana Huertas, una joven de 22 años, conocida influencer en Perú. Con su cabello rubio teñido, ojos verdes postizos, pero de una belleza natural indiscutible, oriunda de Huanta, hija de un connotado juez, exponía cada aspecto de su vida a sus fieles seguidores, sin reservarse nada, ni siquiera sus momentos más íntimos.

Desde niña fue muy extrovertida causando más de un dolor de cabeza a sus padres, siendo expulsada de varios colegios por su osadía. No era malcriada, por el contrario, era muy educada, pero cuando le ponías límites, la enfurecía y se transformaba en una bomba rebelde. Era muy inteligente, nunca hacia las tareas que le asignaban, pero sus calificaciones en los exámenes, eran las mejores de su clase.

Por alguna razón, después que cumplió 18 años y obtener la mayoría de edad, cambio su apellido Huamán por el de Huertas, que era el de la madre. Como si le diera vergüenza llevar tan noble apellido, que significa halcón o águila en quechua, y que era un símbolo de fortaleza.

Al igual que muchas mujeres en el círculo de Emmanuel, Ana mantenía una relación ocasional con él. Para ella, una relación no significaba una atadura o compromiso, no había reglas, era basado en la conveniencia del momento.

Ella estaba acostumbrada a manejar todo como si fuera un espectáculo público, siempre accesible, incluso cuando se trataba de su vida privada.

Por otro lado, De la Roca tenía una perspectiva distinta. Le molestaba profundamente la forma en que Ana documentaba todo, especialmente cuando se trataba de su vida íntima. Sin embargo, ella siempre encontraba la manera de aprovechar esos momentos para publicarlos, desafiando los límites de lo que Emmanuel intentaba mantener en privado.

Ana obtuvo su fortuna cuando era estudiante de medicina, en el su segundo año investigaba una enzima específica que el cuerpo produce en respuesta a ciertas infecciones, hizo un descubrimiento revolucionario, al modificar esa enzima ligeramente, pudiendo bloquear selectivamente el proceso inflamatorio sin efectos

secundarios, lo que se traduciría en un tratamiento seguro y eficaz para varias enfermedades autoinmunes como la artritis reumatoide y el lupus.

Con este descubrimiento, logró patentar la enzima modificada y con apoyo de inversionistas el medicamento resultante se convirtió en un éxito de ventas en todo el mundo, logrando amasar una fortuna a los 20 años, dejando sus estudios.

Durante el interrogatorio, Ana no parecía nerviosa. De hecho, estaba notablemente tranquila, como si manejar situaciones complicadas fuese parte de su día a día, solo faltaba su teléfono para documentar lo que le estaba pasando y subirlo a las redes. Su sonrisa angelical no dejaba entrever nada.

—¿Cómo conoció a Emmanuel?

—Fue a través de la vida nocturna —dijo sin titubear—. Nos conocimos en una fiesta, y desde ahí, hubo una conexión, algo sin compromiso. No tengo que darle explicaciones a nadie sobre mi vida. Nos llevábamos bien, sin proyecciones ni expectativas. Solo la pasábamos bien.

Mientras hablaba sobre su relación con Emmanuel, decidí ir al grano, sabiendo que su actitud evasiva podría ocultar algo valioso para la investigación.

—¿Te acostaste con Emmanuel en Iquitos?

Ana me miró fijamente, sin apartar la vista. La tensión en el aire aumentó. Su respuesta fue rápida, sin dudar:

—Sí, al igual que las otras. Incluso lo hicimos en grupo. Y tuvimos buen sexo. No hay nada que ocultar.

Lo dijo con una naturalidad tan desvergonzada que me incomodó. No había ni un atisbo de pudor en sus palabras, solo una mórbida sonrisa que me lanzó, tratando de alentar mi imaginación.

En ese momento, uno de mis colegas se acercó y me interrumpió, informándome que Ana había subido un video a sus redes sociales mostrando el cuerpo de Emmanuel en el avión.

El video se había vuelto viral en cuestión de minutos, y la situación se complicaba aún más. Tanto mi jefe como el Ministro del Interior estaban furiosos, incrédulos ante la situación.

—¿Cómo se nos escapó esto, Diego? —me dice visiblemente molesto.

Inevitablemente, suena mi teléfono. El grito que recibí a través del celular de mis superiores fue tan grande que casi podía sentirse como una ráfaga de viento entre todos los presentes. No teníamos ninguna excusa.

El video estaba fuera de control, y la familia De la Roca furiosa. Las especulaciones y teorías sin sentido sobre su muerte no tardaron en aparecer en las redes, causando un daño irreparable a la familia del occiso.

Aun así, con el desastre noticioso armado, Ana mantenía una expresión de orgullo enfermizo, como si estuviera disfrutando del caos que había generado cuando escuchó la noticia. Parecía completamente indiferente a las consecuencias, para ella era un éxito y alimento para los 2 millones de seguidores que tenía en las redes.

Sin que nadie se diera cuenta, antes que entráramos al avión y decomisáramos los teléfonos, ella había subido a las redes un video mostrando el cuerpo inerte del joven De la Roca, con comentarios especulativos sobre su muerte, convirtiéndose en viral.

—Ana, ¿cómo pudo hacer esto?

—Esto es noticia y les di a mis seguidores la información de primera mano.

Ella, al parecer, no tenía freno, vivía sin tapujos ni miedos, disfrutando cada momento como si el mundo se fuera a acabar, sumergida en su extraño ambiente y por el de sus seguidores.

—Sabe, si me preguntan a mí, quién mato a Emmanuel, yo diría que fue la perra de Irina. Emmanuel estaba obsesionado con ella, tanto así, que quería convertirla en su novia, pero por su pasado, que todos los que estamos aquí sabemos, no la podía llevar ante sus padres porque sería un escándalo. Parece que Emmanuel le dijo que se escaparían fuera del Perú, pero su padre, al enterarse, le dijo que lo desheredaría. Él no es ningún estúpido, sabía de todo lo que perdería y por eso decidió tenerla como su amante preferida, además era una relación basada en sexo. Ella sufrió mucho, odiaba al padre de Emmanuel, después de eso la relación no fue la misma.

Esto era nuevo. Ya no sabía qué pensar.

Ana, era una mujer muy inteligente y sabía que me había dejado en jaque con esa declaración. No me reclamó por un abogado, ni me preguntó cuándo iban a ser liberados. Para ella todo esto era un juego más que luego sería compartido en las redes sociales. El amor por la popularidad en las redes sociales llegaría al extremo de matar a alguien. No lo sé. Pero con esta gente todo podía ser posible.

Terminé con Ana y pido que la retiren de la sala de interrogación.

—Pepe, necesito un informe urgente de los desechos del baño. Si alguien usó algo en el avión para asesinar a Emmanuel, ahí deben estar las pruebas.

El siguiente en ser interrogado fue el profesor Juan Zorrilla, un hombre soltero de 38 años, delgado, con un aspecto nervioso y una mirada inquietante.

Zorrilla tenía el aire de un intelectual, pero también irradiaba una fragilidad inquietante. Fue profesor de Emmanuel en la universidad y, aunque su relación comenzó de manera profesional, rápidamente se transformó en algo más cercano.

Juan tenía el perfil de alguien que tenía una necesidad desesperada de ser admirado, y era de esas personas que harían lo que fuera por obtener esa atención.

Nos confesó que había ayudado a De la Roca con sus estudios, no tanto por un deseo genuino de ayudar a que crezca intelectualmente, sino por la validación que obtenía él de su entorno, al ser visto como un mentor benevolente de un joven millonario.

Con el tiempo, la relación entre ellos fue creciendo más allá de lo académico. Emmanuel parecía disfrutar manipulando a Zorrilla, lo tenía en sus manos, enviándole jóvenes mujeres para que el profesor las “disfrutara” como una especie de “recompensa” por sus favores académicos.

Comprendí que Emmanuel conocía las inclinaciones más oscuras de Zorrilla y las usaba a su favor, sabiendo que el profesor se entregaba sin reservas a esa lujuria.

De alguna manera, Emmanuel se sentía superior, y tal vez disfrutaba de saber que tenía el control sobre la vida de ese hombre.

Por fuera, Zorrilla era un respetado académico, pero por dentro, un potencial degenerado. Juan Zorrilla intentaba encajar, como si no hubiera tenido juventud y, al vivirla ahora, no quisiera dejarla atrás.

Las fiestas, las travesuras, la atención, todo lo que hacía con los demás tenía la misma motivación: no sentirse solo, y no sentirse viejo.

Pero esto, ¿era suficiente motivo para asesinar a alguien importante en su vida?

A primera vista, no lo parecía, pero no podía descartar a nadie.

Le pedí que me contara cómo se gestó el viaje a Iquitos.

Nos relató que, como siempre, los amigos de Emmanuel se reunían los jueves en una discoteca de El Polo, donde el salón VIP era exclusivamente para el grupo de Emmanuel, y fue allí donde comenzó la aventura. Esa noche, el lugar vibraba con la energía de la música, luces intermitentes y el bullicio de las conversaciones y el alcohol. Emmanuel, como siempre, era el centro de atención.

De una esquina a otra, su risa resonaba entre los murmullos. Sus amigos, esos mismos que habían sido testigos de sus excesos y aventuras, no dudaban en seguirle el ritmo; además, él era quien pagaba la diversión.

Emmanuel estaba eufórico, probablemente por las copas de más. Levantó su teléfono celular para que todos lo vieran, con la intención de que sus seguidores adivinaran qué locura iba a anunciar.

—¿Y si nos vamos a Iquitos y nos alojamos en el nuevo hotel de mi tío? —gritó el joven millonario, buscando el consentimiento de sus amigos.

—¿A Iquitos? —preguntó Miguel, medio incrédulo, mientras observaba cómo Emmanuel pedía otro escocés.

—¡Sí, a Iquitos! ¡Ahora mismo! ¡Nos vamos en el avión de la familia! ¡Vayan a sus casas, arreglen sus pilchas y vayan al aeropuerto, y de ahí yo me encargo, directo al vacilón! —dijo, desbordando su habitual desfachatez.

El grupo de amigos, con algunos rostros dudosos, se fue uniendo al entusiasmo. Nadie quería quedar fuera de esa nueva aventura auspiciada por Emmanuel. En ese momento, con la música golpeando fuerte en sus cabezas, a nadie le pareció descabellado o fuera de lugar. Era Emmanuel.

—¿Y qué haremos allá? —preguntó Ana, la influencer, con una sonrisa traviesa.

—Pasarla bien. Relájense. Vivir como si no hubiera mañana —Emmanuel estaba totalmente en su elemento, y sus palabras sonaban como una invitación a un escape que muchos deseaban.

—Yo también estaba entusiasmado —manifestó el profesor Zorrilla, y siguió relatando

—. No dudé ni por un segundo. Para mí, cada vez que estaba cerca de Emmanuel, todo parecía posible.

—¡Listo! ¡Yo me apunto! —exclamé, levantando mi copa. Luego lo vi haciendo una llamada y escuché que dijo:

—¡Hola, Carlos! Es Emmanuel De la Roca. Quiero un avión para dentro de 4 horas, salida desde el aeropuerto de Lima hacia Iquitos, y lo necesitamos disponible todo el tiempo por dos o tres días. ¡Viajo con un grupo de amigos, preparen todo!

Emmanuel colgó con una sonrisa satisfecha de haber concretado ese pequeño capricho, como siempre, auspiciado por el dinero de su familia.

La noche continuó en la discoteca con risas, copas y charlas interminables, pero todo parecía secundario al hecho de que, en unas horas, todos estarían abordando un avión privado rumbo a un paraíso improvisado en Iquitos.

El joven millonario, con su arrogancia habitual, estaba decidido a hacer de esos dos días algo que nadie olvidaría.

IX

A medida que reviso los interrogatorios y analizo los datos, el rompecabezas empieza a tomar forma, pero sin encajar del todo.

Pido los videos del aeropuerto y los del hotel en Iquitos donde se alojaron los implicados. Mis hombres se encargan de revisar minuciosamente cada imagen, buscando alguna pista que pueda haber pasado desapercibida.

Tenía que moverme rápidamente, porque ya los familiares de los interrogados estaban pidiendo que sus abogados entren. La libertad que teníamos en esta unidad para estos casos, también tenía un límite y ya nos estábamos acercando a este.

Quiero, además, dar un enfoque diferente al caso, por lo que le solicito a la psicóloga de mi equipo que se encargue de la siguiente ronda de interrogatorios.

Espero que, con su experiencia, pueda leer entre líneas en sus expresiones lo que ellos no llegaron a decirme.

Comienzan a pasar los minutos y las investigaciones del laboratorio empiezan a arrojar resultados sorprendentes.

En el equipaje de Andrés se encuentran rastros de curare, el veneno mortal. Mi corazón da un vuelco. No puedo creerlo, pero las pruebas están ahí. Pido que lo lleven al cuarto para que sea interrogado nuevamente.

El ambiente se llena de una tensa quietud. Andrés se sienta frente a mí.

Lo miro a los ojos y, sin rodeos, le suelto la acusación:

—Tenemos las pruebas, Andrés. Emmanuel murió por envenenamiento con curare, y hemos encontrado esos restos del veneno en tu equipaje. Tú lo mataste.

Su rostro palidece, puedo ver el nerviosismo en sus ojos. Niega tajantemente cualquier implicación.

—No tengo nada que hablar con Usted sin mi abogado, además, yo no lo maté — estaba sudando su frente. Su voz comienza a temblar y se estremece; pareciera que no esperaba esa acusación contra él.

— Los dardos... compré unos dardos a los indios Yaguas que fueron al hotel. Son esos que usan para cazar monos con largas cerbatanas. Ese veneno viene en la punta de los dardos. Eran muy incómodos para meterlos en mi equipaje, así que los dejé en la habitación del hotel. No los llevé al avión. Por eso encontraron residuos del veneno.

Mis hombres ya estaban llamando al hotel para corroborar la historia de Andrés. Después de algunos minutos, confirman que efectivamente los dardos habían sido dejados en la habitación que ocupó el joven.

En otro cuarto, mi gente estaba revisando varios videos del hotel. Observan en uno de ellos a unas personas alojadas allí, incluidos los amigos de Emmanuel y la tripulación, comprando artesanías a los Indios Yaguas.

Pepe comienza a presionarlo, buscando que la verdad salga a flote. Pero justo cuando la situación parece que va a tomar un giro diferente con los videos encontrados, la puerta se abre de golpe.

Es el padre de Emmanuel, quien trata de entrar, con el rostro desencajado, el dolor y la furia marcados en sus ojos. No sé cómo se enteró de que al momento todo apuntaba a Andrés como culpable.

—Sé que este infeliz de Andrés envenenó a mi hijo —grita, su voz rota de rabia y lo mira

—Eres un maldito envidioso del éxito de mi hijo, ¿Por qué lo hiciste maldito? No me importa que tu familia sea dueña de los diarios más prestigiosos del país; eres un miserable. Vas a pagar por lo que hiciste.

Lo retengo con mi brazo y no lo dejo entrar. Lo miro fijamente.

—No ahora. Aún no tengo toda la verdad.

El padre estaba descontrolado; la tensión ya se había disparado. Nos mira a todos y se retira. Al minuto, suena mi celular.

Es el Ministro del Interior.

—¿Todo bien? —pregunta, su voz tensa.

Le cuento lo que he descubierto y lo que acaba de pasar. También le confieso que aún no entiendo por qué Andrés querría matar a Emmanuel.

—Ya tienes al culpable, además tú crees que me importa saber por qué lo hizo. Quiero que termine este circo y punto —me increpa el Ministro— Formaliza a ese bastardo y que lo lleven detenido.

Yo no estaba convencido de que este fuera el camino, pero los hechos me decían que el Ministro tenía razón. Sin embargo, mi unidad era independiente y tenía la autoridad de discrepar con la orden dada. No hice nada y seguí con el protocolo. Pero seguiría buscando.

La detención de Andrés Seminario fue un espectáculo. A pesar de la seguridad reforzada en el aeropuerto, la noticia se filtró y, en cuestión de minutos, una multitud de periodistas y curiosos se reunió como si fuera la entrada a una premier de cine, esperando ver la caída del poderoso heredero en vivo y directo.

Todo estaba arreglado, un equipo policial especial lo escoltaría hasta la prefectura de Lima. Hacia su salida por la puerta principal del aeropuerto, con la cabeza baja, pero su presencia destacaba entre los uniformes. El joven medía un metro noventa. Su semblante, por más control que intentara mantener, reflejaba una mezcla de rabia y humillación.

Las cámaras capturaron cada paso, cada gesto suyo, y apuntaban sus lentes hacia las esposas que llevaba en las manos, convirtiendo la escena en el contenido perfecto para los periodistas.

Las redes ardían, y el nombre de Emmanuel de la Roca encabezaba las tendencias. La gente se dividía entre mensajes de simpatía y condolencias a la familia, combinado de comentarios con una insaciable búsqueda ajusticiamiento sobre el “asesino”.

El video de la influencer Ana Huertas, había alcanzado cinco millones de reproducciones en menos de una hora colapsando las redes. Aquella grabación no solo amplificaba el escándalo, sino que había encendido a la opinión pública por la muerte del joven De la Roca.

En el aeropuerto, las familias de los otros pasajeros detenidos, solo querían retirar a sus hijos y llevárselos muy lejos de ese carnaval.

Se escuchaban murmullos entre la gente y gritos que decían muerte al asesino.

Los periodistas como buitres, buscaban comentarios, de cualquier cosa o hecho que alguna vez hubiera tenido que ver con Emmanuel De la Roca y Andrés Seminario, ahora los muchos amigos de estos, tendrían su momento de gloria en las redes sociales, compartiendo con los reporteros historias que iban desde “siempre fue una excelente persona” hasta “era un desgraciado”.

Los pocos defensores de Andrés, sus amigos y familiares cercanos, intentaban bajar el perfil de lo acontecido, afirmando que hay mucho que investigar y en la inocencia de Andrés, aunque lo hacían sin mucha convicción, conscientes de que el apellido Seminario, alguna vez símbolo de poder, ahora estaba empañado y por los suelos.

La imagen de una figura pública destruida por el peso de su apellido, y las intrigas que lo rodeaban era un festín para el morbo colectivo.

A lo lejos, Andrés Seminario apenas escuchaba las palabras de sus abogados que se peleaban con los policías y le decían que guardara silencio.

El “asesino” de Emmanuel era ahora la comidilla de todo el país, y él, consciente o no, protagonizaba una tragedia que seguiría escalando con cada palabra y en cada nuevo giro en la investigación.

X

Mi mente trabajaba a toda velocidad, llena de preguntas, sin respuestas. Cómo: ¿Por qué Andrés compró el veneno a los indígenas? Él insiste en que no lo mató, pero las pruebas muestran lo contrario, y todo apunta a que sabe más de lo que confiesa.

Pero, si en verdad no era él, ¿quién era el verdadero asesino?

El veneno no apareció al azar, y cada pista parecía apuntar a que había una conexión que Andrés no estaba dispuesto a revelar, tal vez por miedo, o quizás porque sabía algo mucho más grande que lo involucraba.

Envié instrucciones a la policía de Iquitos para que rastrearan a estos indígenas, aunque sabía que la tarea era casi imposible. Estos vendedores aparecían en el mercado cada tres o cuatro meses, vendían sus artesanías y luego se perdían en la inmensidad de la selva. Cada vez que regresaban, sus caras se volvían tan desconocidas como la misma selva, un enigma que se desvanecía tan rápido como había aparecido.

La sensación de estar buscando sombras me atormentaba.

Mientras tanto, conduje hacia la prefectura de Lima. La ciudad parecía una mezcla de ruido y movimiento, como un reloj que no se detiene, pero yo no podía quitarme la sensación de estar atrapado en una maraña de tiempo, de recuerdos que no se soltaban.

Deje parte de mi equipo en el aeropuerto, y yo estaba camino a la Prefectura, manejando por la avenida Colonial, cerca de la Unidad Vecinal de Mirones, donde alguna vez estuvo el legendario restaurante El Paso, un lugar que jamás cerraba, un refugio para los insomnes, los buscadores de respuestas o aquellos que simplemente querían pasar el tiempo. Yo solía pasar horas allí, conversando con una vieja amiga, siempre con un café en mano, tratando de hacer sentido de la vida.

Ella vivía al otro lado de la avenida, en la Urbanización Roma. Ambos éramos fanáticos de la serie policial “Gamboa”, y soñábamos con ser unos policías implacables, como el personaje principal del mismo nombre.

Tal vez, de alguna forma, esa serie fue una de las cosas que me motivó a elegir este camino, a pensar que algún día podría estar en el lugar adecuado, resolviendo un caso que pudiera marcar la diferencia.

De repente, mi teléfono suena. Era Pepe, mi mano derecha en el caso. Su tono de voz denotaba urgencia.

—Jefe, tiene que ver un video del aeropuerto de Iquitos. Hay algo que no podemos pasar por alto. Se lo mandó a su teléfono.

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco. Me estacioné y revisé el celular. Luego de verlo, giré el volante de inmediato, cambiando mi rumbo hacia el centro de operaciones en el Pentagonito, donde Pepe y un especialista, estaban revisando las grabaciones. No podía esperar qué más habían descubierto.

Pepe me estaba esperando en la puerta. Me condujo rápidamente al área de visualización, donde colocó el video del aeropuerto de Iquitos.

Observamos nuevamente la grabación con detenimiento. La escena era tan clara como perturbadora.

En el video, se ve al piloto del avión, el capitán Rodríguez, en el área de los restaurantes en el aeropuerto, con un aspecto serio y cauteloso, cuando aparece un hombre que lleva lentes oscuros y una gorra baja, cubriéndole el rostro, como si supiera dónde están las cámaras. Se ve que el piloto le entrega un sobre y se retira hacia la entrada de la rampa.

El hombre de la gorra, con pasos sigilosos y calculados, se dirige a la barra donde se encontraba Emmanuel. Se sienta a su lado, pide una bebida, y, en un movimiento discreto, parece que extrae algo de su bolsillo, asumimos que es el sobre que le entregó el capitán, no se ve claro y seguimos haciendo conjeturas. Aprovechando un momento y el descuido del joven millonario, pareciera que el extraño vierte algo al café de Emmanuel. Por el ángulo de la cámara no es clara la escena, pero nos hace presumir que hizo eso, pide la cuenta y se retira sin levantar sospechas.

Mis sentidos estaban en alerta máxima. Esta nueva información nos daba a otro implicado y posible asesino.

¿Era posible que Andrés no tuviera nada que ver con el veneno?

Nada tenía sentido aún; sin embargo, las piezas parecían acomodarse en una dirección que no esperaba.

Andrés Seminario había sido el primer sospechoso, pero este video hacía que todo lo que teníamos hasta ese momento se tambaleara.

—Quiero saber quién es ese hombre y qué le entregó el piloto —le dije a Pepe, sin apartar la mirada de la pantalla

—. Llama a la policía en Iquitos. Que rastreen ese taxi y averigüen adónde fue ese tipo. Quiero que lo detengan y lo interroguen.

Pepe asintió, y comenzó a dar las instrucciones a un asistente, toma el teléfono y llama a Iquitos.

El misterio se espesaba como una neblina densa en el caso, y sentía que estábamos apenas rascando la superficie de algo mucho más oscuro.

Este nuevo testigo podría ser la clave para demostrar la complicidad o inocencia de Andrés. De cualquier manera, ahora sabía que había alguien más en este juego, alguien que estaba dispuesto a mancharse las manos para acabar con la vida del joven Emmanuel.

¿Quién era ese hombre en el aeropuerto de Iquitos? ¿Y por qué su actuar tan sigiloso?

El video, analizado una y otra vez en la sala de operaciones, no nos daba una prueba contundente, nos hacía especular y sospechar como buenos policías.

¿Qué diablos hacía el piloto ahí? Se suponía que debería estar preparando la nave para el vuelo.

El capitán Rodríguez, era otro sospechoso, tenía mucho por aclarar, mandé traerlo para ser nuevamente interrogado.

Era imposible evitar que mi mente saltara con preguntas.

¿Por qué involucrarse en algo tan turbio?

¿Tenía el piloto algún motivo personal contra el joven millonario?

¿O actúo en complicidad con otra persona?, me inclinaba por lo segundo.

La única certeza era que, en ese instante, la investigación daba un giro inesperado. El piloto ya no era solo un miembro de la tripulación, sino otro sospechoso en un entramado sin sentido, que al parecer era mucho más oscuro de lo que imaginaba.

Decidí revisar en busca de algo nuevamente en las grabaciones del hotel, donde se hospedaron todos los implicados antes del vuelo. Pido que me den el video del piso donde estaban todos alojados y noto algo que me hace fruncir el ceño, un detalle inesperado que cambia nuevamente la dirección de la investigación.

¿Cómo se nos había escapado? Le llamo la atención al analista.

En una de las grabaciones de seguridad, observo a la joven azafata, Lucía, saliendo de la habitación de Emmanuel en plena madrugada. Camina descalza, con una blusa grande que cubre su ropa interior, está descalza, con el rostro tenso, visiblemente afectada.

Su blusa está parcialmente abierta, como si hubieran tirado de ella. Parece desorientada, se trata de componer y se ajusta la ropa. Se arregla el pelo, pareciera que está llorando.

Una puerta de una habitación en el pasillo se abre, es el capitán Rodríguez, este asoma la cabeza. Ve a Lucía, nota su estado y se apresura a ayudarla y regresarla a su habitación. Con discreción, mira a un lado y al otro del pasillo, y entra junto a ella. Se cierra la puerta, no se le ve salir hasta el día siguiente.

Este descubrimiento solo abre una nueva línea de interrogantes.

¿Por qué Lucía no mencionó su visita a la habitación de Emmanuel?

¿Y qué papel tenía el capitán Rodríguez en todo esto?

Algo aquí huele muy mal. Tenía a Andrés como principal sospechoso, a la influencer Ana Huertas y la bella Irina Peralta como posibles implicadas, y ahora sumándose al circo el capitán Rodríguez y a Lucía, la auxiliar de vuelo, y sin excluir el italiano Dionisio, a quien aún no habíamos podido detener. A la policía de Italia, la orden de aprensión les llegó muy tarde y pudo salir del aeropuerto.

Ordené llamar a Lucía y a Rodríguez para interrogarlos nuevamente. Es hora de que expliquen lo que ocurrió en el hotel y con el tipo del restaurante.

Mientras tanto, la prensa despedazaba públicamente a la familia Seminario y las redes sociales exigían castigo para el "asesino de Emmanuel". Andrés sufría las consecuencias tras las rejas.

Los rumores se expandían como pólvora, y el escarnio popular era incontrolable. A tal punto llegaba la furia pública que, apenas ingresó a prisión, intentaron lincharlo en la primera noche.

Temiendo por su vida, decidimos aislarlo en una celda especial, pero la indignación colectiva continuaba escalando. La presión se volvía insoportable, y cada vez sentía más cerca la sombra de algo mucho más grande que no podría resolver solo con los hechos encontrados en contra de Andrés Seminario.

XI

Lucía, la azafata, seguía sin ser localizada, pero el capitán Rodríguez estaba bajo nuestro control. A Pepe y a la psicóloga les encomendé la tarea de ablandarlo antes de mi llegada.

Tras unas horas de trabajo, finalmente lo llevaron a la sala de interrogatorios, donde se sentó con una expresión de pocos amigos. Estaba dentro de una tormenta, pero esta vez, él no estaba al mando, porque yo, tenía el control.

—Bueno, capitán —dije con frialdad, mientras lo observaba detenidamente—, veo que intentó engañarnos desde el principio. ¿Realmente pensó que podría salir impune de esto? Ahora es el momento de decir la verdad.

El piloto fijó su mirada en mí, pero noté una leve tensión en su mandíbula. Movió la cabeza, con el cansancio de alguien que ha sostenido el mismo discurso por horas.

—Ya se lo he dicho a esos dos animales que me interrogaron antes —respondió entre dientes—, no ordené envenenar a nadie, y no tengo ni idea de qué están hablando. Yo no maté a Emmanuel. Llevo diez años trabajando para su familia y jamás he tenido un problema con ellos. Soy el piloto de confianza de la familia.

—Entonces explíqueme esto —interviene Pepe con tono intimidante. —¿Por qué le entregó un sobre al hombre que vimos en el aeropuerto hablando con usted?

El capitán desvía la mirada por un momento, como dudando de si debería explicar lo que realmente ocurrió. Finalmente, responde con una voz cargada de sarcasmo:

—¿Eso? Son unos estúpidos. Me van a detener por haberle pagado en el aeropuerto al hombre que me vendió carne de cecina.

Pepe y yo nos miramos. No esperábamos esa respuesta. ¿Dónde nos perdimos’

—Por eso estaba cerca de la cafetería, pagándole al tipo, Deje a Lucía coordinando el servicio de comida para el vuelo de regreso a Lima con el proveedor del aeropuerto. Siempre que vengo a Iquitos, hago lo mismo.

Le digo a Pepe que salgamos del salón.

Para ese momento, la policía de Iquitos ya tenía al extraño del aeropuerto; efectivamente corroboraron la historia que el piloto nos dio: era su proveedor de cecina.

— Pero no explica, por qué el extraño se acercó a Emmanuel. — Le digo a Pepe.

—Te vas a reír, Diego, el estúpido robo los sobres de azúcar que tenía Emmanuel al costado de su tasa de café. El infeliz es diabético y tenía un bajón de azúcar, solo los tomó. Nosotros fuimos lo que especulamos atando cabos.

—Esto apesta Pepe. Regresamos a seguir interrogándolo.

Frustrado, abro la puerta de un portazo y me dirijo al piloto.

—Entonces, ¿qué diablos hacía usted en la habitación de Lucía esa noche? —le grité, tratando de amedrentarlo

— ¿Por qué pasó usted toda la noche allí con ella? —arremetió Pepe

—¿Qué ocurrió realmente entre Lucía y usted? — intervine.

—¿Por qué salía Lucía de la habitación de Emmanuel? —terminó Pepe con la ráfaga de preguntas.

Eran muchas para el capitán Rodríguez, quien respira hondo. Estaba metido en un lío del que no podía salir sin aclarar cada pregunta.

—Esa noche escuché un ruido fuerte en el pasillo. Tengo un sueño liviano y me desperté al escucharlo. Salí a ver qué ocurría, y ahí estaba Lucía, llorando y alterada. Yo solo la ayudé. Me contó que Emmanuel la llamó a su habitación, le dijo que no se sentía bien y si ella tenía alguna pastilla para el dolor de cabeza. Lucía le dijo que sí y se la llevó a su habitación. Al parecer solo fue un pretexto y el joven intentó propasarse. Me dijo que la tomó de la cintura y la quiso besar, y ella logró escapar antes de que él le hiciera algo. Y justo en ese momento la encontré en el pasillo, llorando y descalza. Yo nunca había presenciado un incidente así entre la tripulación y los pasajeros o dueños del avión. Le dije que se calmara y que hablara conmigo en su habitación. Le aconsejé que olvidara lo ocurrido, que yo lo informaría al padre de Emmanuel, para que él tomara cartas en el asunto con su hijo. Al final me quedé acompañándola, dormí en el sillón.

No sabía qué pensar, la actitud del capitán, por un lado, denotaba su preocupación por Lucía y, por otro lado, era irritante la frialdad de no ir a confrontar al joven que se propasó con una persona que estaba bajo su mando.

Sus palabras sonaban a cobardía, como alguien dispuesto a mirar hacia otro lado ante un atropello.

—Un verdadero héroe, o un gran cobarde, es lo que es usted —interviene Pepe, mirando al piloto con desprecio.

El capitán lo ignora, fija su mirada a la pared, como si quisiera no responder más preguntas o no estar allí. Pero su respuesta, aunque desagradable, me dejaba pensando en otro ángulo de la historia.

—¿Por qué se quedó toda la noche con Lucía? — le preguntó Pepe.

—Ya se lo dije, ella me pidió que me quedara, estaba muy asustada. Soy un hombre casado, nunca pensé hacerle daño aprovechando la situación.

—Sabe, lo le creo, tengo una teoría, yo pienso que usted y Lucía tienen algo, y que usted, capitán, en venganza, envenenó a Emmanuel — le digo.

—Ustedes están locos, no voy a hablar nada más, quiero a mi abogado. — Fueron las últimas palabras que escuchamos Pepe y yo.

Si el capitán decía que no había sido el asesino, entonces, ¿cómo fue que el veneno llegó al sistema de Emmanuel?, Él se pudo parar durante el vuelo y poner el veneno en la cerveza del joven sin que nadie lo viera.

Nada de esto tenía sentido. Ahora estaba ante un rompecabezas con demasiadas piezas sueltas. Andrés seguía siendo sospechoso, el piloto parecía decir la verdad, y Lucía, ausente, y la influencer en nuestra lista se volvía un enigma. Dionisio, seguía sin ser capturado para que responda sobre el encuentro que tuvo con Emmanuel.

La situación pedía urgentemente una nueva estrategia.

Teníamos que investigar más y encontrar si en el pasado había existido algún conflicto grave entre cada uno de los implicados. Teníamos que seguir hurgando en algo que conectara al capitán con el asesinato del joven Emmanuel.

¿Habría habido algo más en juego que no podíamos ver?

¿Una deuda grande, una venganza?

No descartaba que el piloto estuviera encubriendo algo, y que le molestó que Emmanuel tratara de tomar a la fuerza a Lucía esa noche, porque él ya tenía una relación con ella. Por eso se quedó en la habitación toda la noche.

Tenía pendiente de la policía de Iquitos, que localizaran a los indios Yaguas que estuvieron en el hotel. Había que hacerles muchas preguntas a esos indígenas, y, por otro lado, el laboratorio necesitaba corroborar si el curare de los Yaguas era del mismo veneno que ellos tenían.

—Jefe, le tengo noticias sobre Lucía —dijo Pepe por teléfono, interrumpiendo mis pensamientos

—La acaban de detener en el aeropuerto, estaba a punto de embarcarse a Madrid. Ya la traen para la oficina.

Esto sí que era una sorpresa.

XII

La noticia de que Lucía había intentado escapar cayó como un balde de agua fría. ¿Salir del país?

¿Qué intentaba ocultar?

¿A quién estaba protegiendo?

¿De qué estaba huyendo?

Sabía perfectamente que no podía abandonar la ciudad hasta que se resolviera el caso. Este intento desesperado solo la incriminaba más. Pero, ¿cuál era su verdadero papel en este enredo?

La situación se volvía cada vez más turbia. Lo que creíamos saber comenzaba a desmoronarse, y una nueva teoría emergía entre la telaraña de sospechas, un entramado tan denso que no sabíamos por dónde comenzar a desenredarlo.

—Pepe, ¿qué hay de los resultados del análisis del baño del avión? —pregunté, tratando de mantener la compostura mientras la incertidumbre me carcomía.

—¿Encontraron algo en la basura o en el tanque séptico? —insistí, midiendo cada palabra.

Pepe me miró con una expresión grave. Sabía que lo que estaba a punto de decir no sería fácil de digerir.

—Sí, jefe. Los resultados preliminares llegaron hace un rato. Estaba revisándolos antes de entregártelos. Encontramos un pequeño frasco en la basura del baño del avión, dentro de una bolsa plástica. Contenía restos de curare. La bolsa estaba en el cubo de basura del piloto.

El aire en la habitación se volvió más denso.

—No puedo creerlo... —respondí, intentando procesar la revelación. Era como si una pieza fundamental del rompecabezas hubiera caído, pero su forma no terminaba de encajar.

—Eso pone al piloto de nuevo en el radar —agregó Pepe—, pero técnicamente cualquiera pudo haber arrojado eso ahí.

El curare era el arma homicida. Ese veneno letal, utilizado por tribus amazónicas para cazar, causaba parálisis muscular y, en dosis altas, mataba en minutos. Pero, ¿qué motivos tenía el capitán Rodríguez para asesinar a Emmanuel?

—¿Rodríguez y Lucía eran amantes? —pregunté en voz alta, dejando que el eco de mis dudas llenara la habitación.

¿Podría Lucía estar involucrada en algo tan macabro? No parecía el tipo de persona que haría algo así, pero si lo era, ¿qué la había impulsado? Si Rodríguez era el culpable, ¿qué papel jugaba Lucía?

—Pepe, todo apunta a que Lucía es la pieza clave en este caso. Fue quien entregó la cerveza a Emmanuel antes de que se durmiera. No podemos ignorarlo.

Mi mente giraba con las implicaciones de esta nueva revelación. Lucía parecía ser el corazón del enigma, la pieza central que debía encajar para resolver el caso.

Pepe se ajustó la corbata y se pasó la mano por el cabello, su gesto habitual cuando las cosas empezaban a tomar un cariz más sombrío.

—Eso quiere decir que Lucía no es el corderito que pensábamos, jefe —dijo con una firmeza que caló hondo.

—Quiero que tú y la psicóloga estén presentes en el interrogatorio —ordené—. Si Lucía está implicada, necesitamos saber con quién trabajó y por qué. Además, quiero esclarecer el papel del piloto en todo esto.

Pepe asintió, lanzando una mirada hacia la puerta, como si esperara que Lucía apareciera en cualquier momento.

El teléfono vibró en mi bolsillo, cortando el silencio como una cuchilla. Contesté al instante. Era el laboratorio.

—Jefe, los resultados del análisis son concluyentes. El frasco encontrado contiene curare, y las huellas en él pertenecen a Lucía. Todo indica que ella puso el veneno en la cerveza de Emmanuel.

Colgué y dejé que la gravedad de las palabras se asentara. Cada detalle encajaba en una espiral de culpabilidad que nos llevaba de vuelta a Lucía.

—Esto no tiene sentido... —murmuró Pepe, cruzando los brazos mientras se recostaba en su silla—. Si Lucía lo hizo, ¿qué ganaba con ello?

—Pepe, ¿y si Lucía fue manipulada por Andrés, Dionisio, Ana Huertas o incluso Irina? —respondí mientras ojeaba los informes.

Pepe me lanzó una mirada llena de dudas.

—Esto parece un juego macabro, perfectamente orquestado. Las piezas se mueven en direcciones opuestas, haciendo que todos parezcan culpables —añadió.

La psicóloga interrumpió. Había estado escuchando atentamente.

—Lo que me intriga es cómo Lucía pudo estar tan cerca del crimen sin ser notada. Ella claramente está involucrada, pero sus razones siguen siendo un misterio. Hay algo personal detrás de todo esto.

Sus palabras resonaron en mi mente. La proximidad de Lucía con Emmanuel antes de su muerte no podía ser una coincidencia.

—¿Y si todo lo que dijo Lucía fue un montaje? —pregunté en voz alta.

Pepe se inclinó hacia adelante, su mirada clavada en el informe.

—No cabe duda de que Lucía tiene algo que ver. Pero la verdadera pregunta es: ¿por qué? ¿Fue venganza por lo que ocurrió en el hotel? ¿Había una relación previa entre ellos? ¿O alguien más la manipuló?

La psicóloga intervino nuevamente, su tono lleno de certeza.

—Tal vez la respuesta esté en la motivación personal. Si Lucía realmente mató a Emmanuel, algo grave tuvo que pasar entre ellos para llevarla a tomar una decisión tan drástica.

El peso de sus palabras quedó suspendido en el aire. Estábamos cerca, pero aún faltaba la última pieza para completar el rompecabezas.

XIII

Lucía entró en la sala de interrogatorios con pasos firmes, pero su mirada traicionaba la inseguridad que la carcomía. La joven azafata, siempre impecable en su trabajo, parecía ahora una sombra de sí misma. Su postura trataba de proyectar calma, pero sus ojos no podían ocultar la tormenta interna que la consumía.

La sala reflejaba el caos de las últimas horas: informes desperdigados, sillas desordenadas, y un aire cargado de tensión. Este era el momento en que podía cambiarlo todo. Me acerqué a Lucía con calma, controlando mis propios nervios. Sabía que estaba frente a una pieza clave en este rompecabezas mortal.

—Tienes mucho que explicar —le dije sin rodeos, mirándola fijamente a los ojos. Quería leer su alma, buscar en cada gesto y cada mirada una pista de la verdad.

Lucía alzó la barbilla, tratando de mantener la compostura. Su mirada era una mezcla de arrogancia y temor, como si estuviera lista para defenderse hasta el último aliento, pero consciente de que estaba atrapada.

—No sé de qué me hablan —respondió con un tono defensivo.

Sin embargo, la tensión en sus palabras y el pequeño temblor en sus manos revelaban más de lo que quería admitir.

Pepe y la psicóloga tomaron asiento a mi lado, atentos a cada movimiento. Pepe parecía una estatua, pero sabía que estaba procesando cada palabra, cada pausa. La psicóloga, en cambio, mantenía una postura analítica, sus ojos exploraban las grietas emocionales en la fachada de Lucía.

—Lucía, sabemos que el veneno que mató a Emmanuel estaba en el frasco que encontramos en la basura del avión —dijo Pepe, con su tono directo y casi glacial—. También sabemos que tus huellas estaban en ese frasco. No tienes escapatoria.

El rostro de Lucía palideció por un instante. Era como si las palabras hubieran arrancado una capa de su máscara. Sin embargo, recuperó la compostura rápidamente.

—Eso no significa que yo lo haya matado —replicó, con una voz más firme, aunque sus ojos evitaban los nuestros. Sus respuestas no eran confesiones, pero tampoco eran absoluciones.

Decidí adoptar un enfoque más directo. La estrategia de presionar emocionalmente parecía ser el camino correcto.

—¿Por qué intentaste escapar, Lucía? —pregunté sin rodeos—. ¿Qué tenías que ocultar?

El silencio llenó la sala como una nube pesada. Finalmente, su voz quebrada rompió el aire.

—Lo que me hizo Emmanuel... lo que me hizo ese hombre... —sus palabras se desmoronaron. Era la primera vez que la veía vulnerable.

Pepe y la psicóloga intercambiaron una mirada rápida, sorprendidos por la confesión implícita. Yo, sin embargo, no iba a dejarme llevar por emociones.

—¿Qué te hizo, exactamente? —insistí, fingiendo ignorancia de lo que pasó esa noche en el hotel de Iquitos. Sabía que el punto de quiebre estaba cerca.

Lucía tragó saliva, y su rostro se llenó de odio. Ese odio contenía años de frustración y una noche que lo había cambiado todo.

—Emmanuel tenía algo contra mí... —Su voz bajó, casi como si hablara consigo misma—. Me acosaba, me presionaba, me programaban vuelos solo para que yo estuviera ahí cuando él viajaba. Me sentí atrapada. Mi vida estaba en sus manos... pero yo no lo maté.

La psicóloga inclinó la cabeza, observando cada palabra. Sabía que había algo más, algo que aún no se había revelado.

—Entonces, ¿por eso implicaste al capitán? —pregunté, buscando la conexión que unía a Rodríguez con el crimen—. ¿Lo usaste como un peón para desviar la atención?

Lucía alzó la mirada, pero no respondió de inmediato. En cambio, su respiración se volvió más rápida, y sus manos temblaron ligeramente.

—No sé de qué me habla —murmuró al fin, pero su tono carecía de convicción.

La psicóloga intervino, rompiendo el flujo del interrogatorio.

—Jefe, necesitamos hablar fuera —me susurró, su tono cargado de urgencia.

Salimos al pasillo, dejando a Lucía sola en la sala.

—Esto no tiene sentido —dijo la psicóloga, su rostro lleno de preocupación—. Hay algo que Lucía no nos está diciendo, algo personal. Su odio hacia Emmanuel es evidente, pero no hemos llegado al fondo del motivo. Necesitamos empujarla más.

Asentí, comprendiendo la gravedad del momento. Regresamos a la sala, decididos a obtener respuestas.

Lucía nos miró, y pude notar que su fachada se agrietaba más con cada minuto que pasaba.

—Lucía, si no hablas ahora, te aseguro que esto solo empeorará. Te vas a hundir más en tus propias mentiras —dije con frialdad.

Pepe golpeó la mesa suavemente con el puño, su paciencia al borde del colapso.

—Confiesa ya y terminemos con este circo —añadió con dureza—. Tal vez podamos pedir clemencia al juez.

Lucía cerró los ojos, sus hombros se hundieron como si estuviera cargando todo el peso del mundo. Cuando habló, su voz era un susurro quebrado.

—No puedo más...

Por primera vez, la tristeza en su voz era genuina. Por un instante, dejó de ser la azafata sospechosa y se mostró como una mujer rota.

—Esto no ha terminado, Lucía. Recién comienza —le advertí—. Vamos a desenterrar cada uno de los secretos que intentas esconder.

Ella permaneció en silencio, pero en sus ojos vi algo que no había visto antes: resignación. Sabía que no había escapatoria.

Salimos de la sala, mi mente no dejaba de trabajar. Había algo en su historia que aún no encajaba. La relación de odio entre Lucía y Emmanuel no podía haber llegado a este punto sin un catalizador.

—Jefe, ¿y si el capitán está más involucrado de lo que creemos? —preguntó Pepe, como si leyera mis pensamientos.

—Es posible. Pero también es posible que él sea otra víctima de este juego macabro —respondí.

La psicóloga intervino, su tono lleno de gravedad.

—No olvidemos que este nivel de odio no nace de la nada. Algo pasó entre ellos, algo lo suficientemente grave como para que Lucía cruzara esta línea.

Cada pista nos acercaba más a la verdad, pero también al abismo. Sentía que nos movíamos en círculos, siguiendo un rastro que, aunque parecía claro, podía desmoronarse en cualquier momento.

Lucía era clave, pero sabía que todavía faltaban piezas. Y no descansaría hasta encontrarlas.

XIV

Habían transcurrido dos horas desde que Lucía llegó a la sala de interrogatorios. Preguntas y respuestas iban y venían, un intercambio agotador que parecía consumir el tiempo mismo. La tensión era una presencia palpable, densa como una tormenta a punto de desatarse. Lucía respiró hondo, y su mirada vaciló antes de caer al suelo. Algo en su rostro cambió, una expresión que no supe identificar de inmediato. Entonces, las lágrimas comenzaron a brotar, deslizándose en silencio por sus mejillas.

Con voz quebrada, como si cada palabra le arrancara un pedazo del alma, habló al fin. La verdad, por mucho tiempo escondida, empezaba a salir a la luz.

—Está bien… ya no tiene sentido seguir negándolo. Yo lo maté.

El silencio que siguió fue absoluto, como si el aire mismo hubiera sido expulsado de la habitación. La asesina había confesado.

—En uno de los viajes a Iquitos, contacté una mujer que vende hierbas y cosas extrañas de la selva, ella vendía veneno concentrado de curare. Fui a comprarlo por la mañana después del incidente en el hotel. Cuando subí al avión lo puse en mi delantal de servicio, listo para verterlo en lo que Emmanuel pidiera durante el vuelo. Él pidió una cerveza y yo se lo eché. Lo hice porque se lo merecía. Ustedes no saben lo que él le hizo a mi hermana… —Su voz se llenó de rabia contenida, y sus palabras caían como martillazos—. Él tenía que pagar.

El peso de su confesión nos dejó a todos paralizados. Nadie esperaba algo tan visceral.

—Ese día en el hotel de Iquitos, cuando trató de atacarme… eso solo aceleró mi decisión. No tenía pensado hacerlo en ese viaje, pero… ya no pude más.

Pepe y la psicóloga se miraron fugazmente. Sus expresiones reflejaban la incredulidad de escuchar la verdad, desmoronarse ante nosotros. Lucía continuó, su tono oscilando entre la furia y el dolor.

—Él conoció a mi hermana menor, Sofía… —empezó, con una voz cargada de emociones reprimidas—. Era una chica maravillosa, llena de vida, tan hermosa y tan inocente, que resultó ser vulnerable a alguien como él.

El relato se deslizó como una cuchilla afilada, cortando cada segundo con precisión devastadora.

—Sofía lo conoció en una discoteca en el sur de Lima. Era tan joven, tan ingenua, y se dejó llevar. Creía que Emmanuel era alguien en quien podía confiar. Pero… todo fue una mentira. Quedó embarazada, y ahí comenzó su pesadilla.

Lucía hizo una pausa. Su respiración era irregular, como si cada recuerdo la golpeara con la fuerza de una tormenta.

—Cuando le dijo que estaba esperando un hijo suyo, Emmanuel la insultó. Le dijo que seguro ni siquiera era suyo, que ella solo quería arruinar su vida. La trató como basura, se burló de ella… —Lucía tragó saliva, su rostro tenso como una cuerda a punto de romperse—. Pero no terminó ahí. Cuando Sofía lo buscó otra vez, desesperada, Irina y sus amigas la golpearon. La dejaron destrozada. Cuando la vi en el baño de casa, llorando, su rostro estaba irreconocible. 'Soy una tonta, me decía. Una estúpida por confiar en él'.

Su voz se quebró, pero se obligó a continuar.

—Le prometí que lo resolveríamos juntas, que yo no la dejaría sola. Pero el dolor fue demasiado grande para ella. Un mes después… se quitó la vida.

El aire se volvió insoportablemente pesado. Cada palabra era una daga que perforaba el silencio de la sala.

—Fui a enfrentarlo, pero… —Lucía cerró los ojos, como si las palabras le quemaran—. Se rio. Me dijo que no la recordaba. Cuando le grité que Sofía se había suicidado, simplemente se rio… ¡Se rio!

El veneno de la rabia se reflejaba en su voz. La psicóloga y Pepe no dijeron nada; sabían que no había palabras que pudieran amortiguar el peso de su confesión.

—Juré que haría justicia por Sofía —dijo Lucía, con una mirada fija y vacía a la vez. —Cambié mi apariencia, teñí mi cabello, cambié mi nombre real por el que ustedes

conocen ahora. Me acerqué a él sin que me reconociera. Todo lo que hice fue para que pagara.

Cada palabra contenía una determinación escalofriante. Mientras hablaba, parecía más liberada, como si cada confesión la aliviara de una carga insoportable.

—Después de lo que pasó en el hotel, supe que había llegado el momento. Era su hora.

El aire en la sala era gélido. Lucía hablaba con una calma casi inhumana, como si la tormenta que había cargado durante meses finalmente hubiera pasado.

La psicóloga, con voz cautelosa, interrumpió.

—¿Entonces, utilizaste al capitán y al hombre en Iquitos para confundirnos?

Lucía asintió, casi orgullosa.

—Todo estaba planeado. Sabía que el capitán compraba cecina en el aeropuerto de Iquitos. Sabía que eso lo haría sospechoso. Aproveché cada detalle. Preparé el veneno, lo oculté, pero cometí un error: no limpié mis huellas.

Pepe frunció el ceño, incapaz de ocultar su indignación.

—¿Creíste que desaparecerías sin más?

Lucía sonrió con una mezcla de arrogancia y resignación.

—Una vez en España, Marcela Gómez de la Torre, empezaría una nueva vida. Nadie me encontraría, Lucía estaría en el pasado.

Mis pensamientos se arremolinaban. Si no fuera por esos errores mínimos, Lucía o Marcela, habría logrado escapar.

—Lo que has hecho no devolverá a tu hermana, ni sanará tu dolor —le dije, mi voz cargada de una tristeza que no podía disimular.

Mientras colocaba las esposas en las muñecas de Lucía, sentí un peso en mi pecho. ¿Era justicia lo que hacía, o simplemente seguía las reglas de un sistema que rara vez entendía el dolor humano? Miró a los ojos de la mujer y veo algo que no esperaba: paz. ¡Como si finalmente hubiera terminado su misión!

—La venganza transforma a las personas. Nos lleva a lugares tan oscuros que ni siquiera nos reconocemos. —Pepe se pone un cigarro en la boca —Tengo que fumar.

—Marcela fue víctima, como su hermana. Pero eligió responder con más violencia, y eso la destruyó tanto como a quienes odiaba — agrega la psicóloga. —Te acompaño, Pepe, yo también necesito uno.

Me quedé en silencio, sintiendo el peso de estas palabras. Sabía que este caso me perseguiría por mucho tiempo. La historia de Marcela y Emmanuel no era solo un crimen; era un retrato de lo que ocurre cuando el odio y el dolor se convierten en los motores de nuestras decisiones.

Al final, la venganza no deja paz. Solo cicatrices.

EPÍLOGO

Salí al pasillo del Pentagonito, donde el bullicio exterior se siente como un murmullo constante, un caos controlado que parece ser el pulso mismo de la ciudad. Pepe, con su habitual calma, saca un cigarrillo y lo lleva a sus labios. El humo se disipa lentamente mientras lo enciende, como si se estuviera deshaciendo de todo lo que acabamos de presenciar. Me ofrece uno, y, como siempre, le niego el ofrecimiento con una sonrisa. Él ya lo sabe, no soy de esos.

—Un día de estos te va a matar, amigo —me dice, dándome un toque en la espalda, mientras señala su cigarro con su dedo, como si fuera una predicción irónica.

—Prefiero eso a morir en medio de estos casos que cada vez son más enredados y estresantes —respondí, mirando al horizonte, sintiendo que la jornada pesa más de lo que debería.

Cuando estaba a punto de salir, de darme ese respiro necesario que siempre sigo postergando, el celular suena, interrumpiendo mis pensamientos. Al ver la pantalla, me doy cuenta de que es el jefe. Con un gesto, hago una señal a Pepe para que no se vaya todavía.

—¿Dígame, jefe? —contesto en voz automática, pero con un dejo de agotamiento.

—Goycochea, tenemos otro caso. Esta vez es un robo de arte con conexiones internacionales. Algo grande.

Una mezcla de cansancio y emoción se dibuja en mi rostro al escuchar esas palabras. Un caso nuevo, otro más, la rutina de mi vida. El corazón empieza a latir más rápido; la adrenalina, aunque agotada de tantas veces, aún sabe cómo resurgir en estos momentos.

—Pepe, reúne al equipo —le ordeno mientras mi mente empieza a procesar el nuevo rompecabezas que está por llegar.

Pepe, al escuchar el nombre del caso, suelta una carcajada resignada, aplastando su cigarro bajo su zapato con gesto casi mecánico. Algo en su rostro, cansado y marcado por la experiencia, se torna en una sonrisa muy sarcástica.

—Y así sigue la vida, ¿eh? Uno termina una historia y la próxima ya está en camino.

El ambiente se hace pesado por un segundo. Las palabras resuenan en el aire como si, por un instante, todo lo que pasó tuviera un sabor agridulce, como si las historias que se cierran nunca lo hicieran del todo. No importa cuánto intentes dejar atrás el pasado; siempre habrá algo nuevo esperando, algo aún más oscuro que te haga volver.

—Este es el trabajo que aceptamos, amigo —le respondo, sintiendo que el peso de todo lo que hemos vivido nos absorbe por completo—. Nunca sabemos lo que sigue.

Como un intento de aliviar la tensión que empieza a formarse, le pregunto:

—¿Y el partido entre Perú y Chile?, ¿cómo terminó?

Pepe sonríe ligeramente, ese tipo de sonrisa que solo se da cuando uno ya sabe cómo va a responder a la pregunta.

—Ganamos 3 a 1 —me responde, dándole un toque a su celular, donde acaba de revisar los resultados.

Le lanzó una mirada, algo que podría considerarse una mueca de desaprobación, pero en el fondo, sé que es lo único que puede romper la rutina. Un pequeño consuelo en medio de un trabajo donde las victorias se cuentan de manera diferente.

Este fue un caso más de justicia malentendida, una venganza meticulosa que cobró vida en una promesa cumplida, a un precio irreparable. Y cuando el asesino se trazó aquella ruta, no hubo marcha atrás. Solo quedó el abismo y lo que le aguardaba al otro lado: la soledad, la pérdida, y la satisfacción rota de haber cumplido con su maquiavélica misión.

Porque, después de todo, los criminales nunca tienen finales limpios, ellos se adentran en las sombras, y es en ese recorrido, que no encuentran redención, solo el eco tormentoso de lo que dejaron atrás.

Las palabras de mi jefe resonaron en mi mente al recordarme que, en este trabajo, las historias jamás terminan; cada caso no es más que una grieta más en una pared que sigue abriéndose. Siempre habrá un nuevo misterio, otra mentira enmarañada que desentrañar, otra vida rota para examinar en busca de respuestas.

Efectivamente, la rueda de la vida no se detiene, y en este mundo, somos piezas o actores de sentimientos y deseos movidos por algo más grande y oscuro que nosotros mismos. Somos los cazadores de aquellos que cruzan la línea de lo justo, y aun cuando los atrapamos, queda el sabor de una insatisfacción, un desconsuelo, al ver cómo una vida que alguna vez fue noble puede transformarse en un alma maligna y sin retorno.

Me pregunto cuánto tiempo más podré seguir en este juego, atrapado entre la justicia y la moral, entre el deber y esa amarga desesperación que se filtra como veneno en cada nueva escena de crimen, en cada interrogatorio. Quizás, en algún punto, ya no importe quién está bien o quién está mal, sino que lo único relevante sea el hecho de que, al final, todos jugamos el mismo juego.

Tal vez, somos todos piezas de una obra que nacimos para movernos por un destino incierto e inevitable, donde cada uno de nosotros, criminal o cazador, está atrapado en la misma red de decisiones y consecuencias.

La oscuridad se apodera de la ciudad y con ella caen las sombras de lo que está por venir. En este silencio, mientras las luces de la urbe comienzan a apagarse y la gente se refugia en la seguridad de sus hogares, siento que las sombras me miran, susurrándome que la rueda del destino seguirá girando, con o sin nosotros.

Y yo, aquí, sigo atrapado en el juego, mirando a mi alrededor, respirando profundamente de este aire viciado para darme fuerzas.

Hoy solo puedo observar cómo la noche cubre la ciudad, y esperar a donde nos llevará el próximo misterio.

NOTA DEL AUTOR

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con nombres de personas reales, vivas o fallecidas, hechos históricos, organizaciones, o situaciones reales es pura coincidencia.

Además, el contenido de esta historia no pretende reflejar la opinión o postura de ninguna institución, grupo o entidad mencionada de forma indirecta o directa. Cualquier interpretación de la obra queda bajo la responsabilidad del lector.